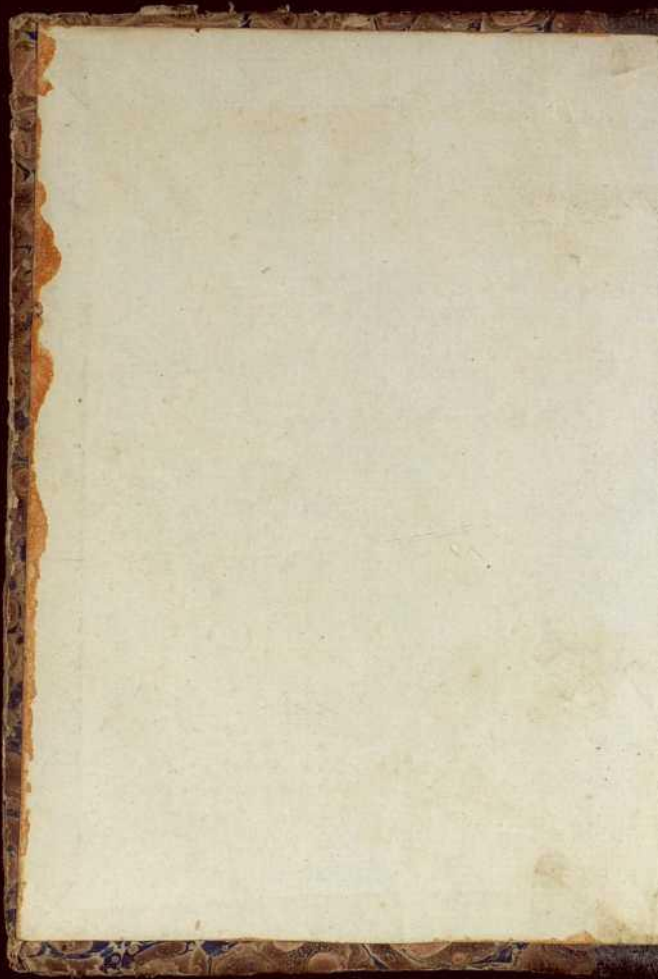


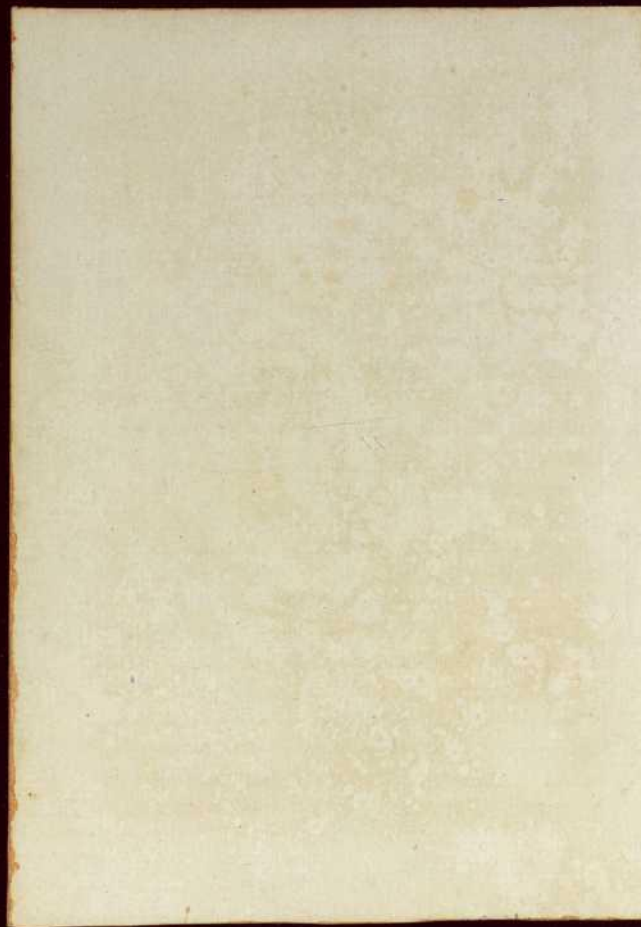
...benia

...eral





45



1

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 15 de la Coleccion.

10-36

407
~~3419~~

DE FONDERES

Tomo 10 de la Colección

Los Misterios
DE LÓNDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



BIBLIOTECA
— DE —
D. TEOFILO LORENTE
VALENCIA

VALENCIA: 1845.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,
calle de la Lonja de la Seda.



Los editores

DE SORDOS

NOVELA DE

EL SORDO

de

Es propiedad del Editor.



6.12511328
2.24389866

R.60.047

Imprenta de D. Benito Mousfort.

VIII.

Continuacion del anterior.

LA pobre Susana habia sido víctima de un trabajo horrible y constante; y muchas mugeres que el mundo idolatra y respeta, muchas *santas* de salon, y muchos *ángeles* de retrete, hubieran sido demonios con tal escuela. Pero ella no servia ni aun para hacer un ídolo mundano, porque era de una índole sencilla y grande, en la que el vicio se podria introducir por traicion, pero sin dañar al alma, como les sucede á

los usurpadores pasajeros que se sientan en un trono, y no tienen tiempo para empañar su verdadero y legítimo esplendor. Susana era pura, aunque podia arrostrar sin cuidado la vergüenza porque no la conocia, y lo era aunque solo la separaban ocho dias del tiempo en que desconocia el pudor, El amor además le habia servido de salvaguardia, y acaso tambien, sin que ella lo supiera, esa llama divina que Dios enciende en el fondo del alma: la conciencia; aunque la conciencia no es las mas veces otra cosa que la severa voz de las verdades que se oyen, y de la moral que se aprende, y Susana nada sabia. Ahora escuchaba con vivo enagenamiento las lecciones de lady Ophelia, y adivinó y rasgó con mano ávida el velo que fluctuaba delante de sus ojos, y con maravillosa sagacidad leyó en el fondo de la desgracia de la condesa; pero al mismo tiempo que gozaba del nuevo horizonte que se presentaba á su admirada vista, aprendia tambien á temer, á ruborizarse y á dudar. El pudor se estacionó en su alma desde el principio, y puso en su noble frente un nuevo atrac-

tivo: en seguida columbró las barreras que la sociedad inflexible pone en el florido camino de la felicidad, y despues el egemplo de lady Ophelia, tan bella y tan buena, le enseñaba los peligros que rodean á la muger, la inconstancia, los pesares, el abandono...

Segun dijimos al principio, se hallaba Susana sentada en la pieza en que la vimos otra vez con Lancaster. Su trage habia sufrido en cierto modo un cambio análogo al de su existencia, pues en vez de ricos adornos, tenia un vestido negro de seda, cerrado, que marcaba los esquisitos contornos de su seno, y solo dejaba lugar al rededor de su cuello á una estrecha gorguera de encage, y su hermoso pelo negro sujeto detrás con un peine de concha, le caia en bucles á lo largo de las megillas. Esta sencilla figura, á la cual daba Susana una hechicera elegancia, le volvia en cambio la juventud que ocultára el lujo de los demás adornos; así era precisamente una jóven, y así la hubiera preferido cualquiera, por un no sé qué dulce, tierno y reflexivo que vagaba en torno de su inclinada

frente. En aquel dia tardaba mucho Brian, á quien ella aguardaba con impaciencia, pues por lo comun nunca tenia precision de desear su venida, ni nunca se habia él hecho aguardar tan largo tiempo.

Con efecto, el elegante *escéntrico* se adormecia á los pies de la princesa de Longueville, pues la amaba con tanta mas vehemencia, quanto que su corazon se habia creido demasiado fuerte para ser vencido. Ya habia hecho una tregua en su apasionada lucha con su hermano, ó mas bien contra el derecho de primogenitura, y ya la vista de Susana presente, y la memoria de Susana ausente, absorvian toda su existencia. Esta lo hubiera podido sujetar, al menos por algun tiempo, con una de esas tiranías mugeriles, á que ninguna otra se puede asemejar, pero Susana no se cuidaba de ello porque amaba tanto ó mas que Brian. Amaba tanto ciertamente, que como la ternura de este último traspasó de repente sus mas delirantes esperanzas, la entristecia y amedrentaba, y así es que siendo una criatura tan perfecta de alma y cuerpo, se preguntaba á sí misma: ¿qué soy yo para

ser amada de esta manera? Y no era esto en ella una modestia exagerada, porque hija solo de la naturaleza, no habia aprendido á humillarse por deber, sino que era una admiracion inmensa, un culto, por decirlo así, y una persuasion de que no contenia el mundo nada que fuese digno del corazon de Brian.

Además de todo, sentia ahora, y cada dia con mas viveza, las desdichas que encubrian las brillantes apariencias de su nueva posicion, y á medida que se iba iniciando en las cosas del mundo, comprendia el vacío y los peligros de la existencia que se le habia impuesto, se consideraba prisionera, comprada, esclava; presumia que la rodeaba un misterioso espionage, y temblaba pensando que á todas horas podia presentarse un hombre, y hablarle como señor absoluto. Se acordaba tambien de la escena de casa de Frank Perceval, y por mas esfuerzos que hacia para ahogar la voz de su conciencia respecto á esto, se elevaba con frecuencia en su interior un vago presentimiento de que habia coadyuvado á una tenebrosa intriga, y que aquel beso

dado en la frente de un moribundo, habia hecho derramar muchas lágrimas. Entonces súbitamente irritada su noble naturaleza, le aconsejaba conculcar esta tiranía, y ponerla á sus plantas: ¡pero amaba tanto! ¡y aquellos hombres tan poderosos que le habian traído á Brian de Lancaster, no podrian abatirla despues de haberla elevado! Y despues de todo ¿qué era ella sin aquellos hombres sino una criatura desgraciada, sin mas recurso que la muerte? ¡Morir!... ahora que habia probado la felicidad no se atrevia ya.

Muchas veces, cuando se hallaba Brian á su lado, se abria su boca al mismo tiempo que su corazon, para revelársele todo á este hombre, que tenia derecho á saberlo; pero le habian dicho que el peligro no se limitaba á ella sola, y que la misteriosa cuchilla de la asociacion caeria tambien sobre la cabeza de Lancaster. Y callaba, segura de que en torno suyo habia un oido abierto para escucharla, y esto ahogaba su alegría, y acibaraba los felices instantes de la presencia de Brian, y no se podia quejar, y en medio de su altivez y fran-

queza ocultaba su pesar con una sonrisa.

Mas no debia reducirse á esto solo su sufrimiento: Brian le pidió su mano, y al pronto se llenó de júbilo, y se creyó en el colmo de la felicidad, porque veia en el matrimonio un lazo indisoluble, que solo podia romper la muerte, y nada mas halagüeño podia ocurrir á su imaginacion. Pero como cada dia le traia una leccion, como hemos dicho, supo que acerca de esta union, que tan sencilla y bella le parecia, habia establecido el mundo reglas que no se podian traspasar, y se apoderó el terror de su corazon pensando en lo que realmente era bajo el título de princesa, y temió por Brian, porque solo por él podia temer.

Este se presentaba cada dia mas solícito, y la pobre Susana no sabia cómo componerse: pasaba y era tenida por la princesa de Longueville, y nadie hubiera creido nunca que su negativa fuese efecto de delicadeza. Brian le dijo una vez: — Vos no quereis descender hasta mí: palabras que le traspasaron el corazon, pero supo callar, sin embargo. En aquel dia, esperan-

do á Brian que no llegaba, pensaba en todas estas cosas, y estaba triste, y se le habia caido de las manos el libro que antes leia, y enjutas ya las dulces lágrimas que habia vertido, resaltaban sus arrugadas cejas sobre la palidéz de su frente.

— ¡Tal vez no querrá venir! dijo á media voz: y dirigiendo al cielo sus hermosos ojos, juntó las manos en ademan suplicante, y prosiguió:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! Yo aprenderé á serviros.... Ya sé rezar.... ¡Tened piedad de nosotros!

La oracion lleva siempre consigo esperanza y consuelo, y así fue, que recobró su noble serenidad, y solo quedó en sus ojos una ligera sombra de melancolía. Se levantó en seguida, y pasó los dedos por el teclado de un magnífico piano que la duquesa de Gevres habia hecho poner en su gabinete, sucediéndose al pronto los sonidos caprichosos y como casuales, hasta que entre su armoniosa confusion resonó una melodía suave, pura y religiosa, á que se unió luego el timbre de su voz tan suave y mas clara que el mismo son del instru-

mento, y llenó la estancia un sublime concierto.

Cantaba uno de esos cánticos italianos, tan llenos de mística piedad y fervorosa súplica, que ni sabemos componer, ni cantar, ni tal vez sentir los hijos del Támesis, ensordecidos con las nieblas, y mas aun todavía con la grotesca salmodia de nuestros templos. Cantando olvidaba su tristeza, y dejándose llevar por la poesía de su naturaleza, dedicaba su alma entera al cántico, y encantaba la melodía que salia de sus labios; hubiera podido creerse que se oia alguno de esos magníficos cantores, que siendo legos se santifican con la inspiracion, y escitan con sus armoniosos acentos á la oracion y al recogimiento bajo las bóvedas de las iglesias católicas.

Centelleaba su frente, y anegada su vista en un éxtasis inspirado, parecia ver á la Virgen, á quien se dirigia la plegaria y el cántico. Tan hermosa era ella como esas santas, cuyos sublimes contornos han delineado los pintores romanos, hermosa como un sueño de Rafael, y bella como una vision del Dante.

A poco rato se abrió la puerta, y pareció en el dintel Brian de Lancaster, descompuesto el pelo, chorreando sudor, y el vestido en desórden, y al ver á Susana, cuyo rostro le presentaba un espejo colgado en la pared enfrente de ella, hizo un gesto de sorpresa y mucha admiracion, y acercándose poco á poco y de puntillas, se apoyó con las dos manos sobre el sillón en que estaba sentada.



el canto, como los corajes y brillantes
 adornos reales, el rostro de una hermosa
 Brian la escuchaba procurando detener su
 respiración, aunque en lo posible conseguía
 porque tenía de dar una violenta carrera,
 y se le levantaba el pecho y su pecho, y con
 los esfuerzos que hacía para contenerlo por-
 rian gotas de sudor por su frente. Pero
 nada sentía, porque estaba tan per-
 niosa en aquel estado, que no podía dejar

III.

Ruby.

SUSANA, que no había sentido los pasos
 de Brian de Lancaster, estaba arro-
 bada con la poesía de su cántico, dirigen-
 do al cielo, aunque pobre pagana, una
 plegaria católica, cuyos ecos se elevaban
 al Eterno como un suave incienso. Fluían
 de sus labios las sonoras palabras de la len-
 gua italiana mezcladas con las delicadas
 notas del piano, y sus hábiles manos derramaban á raudales la armonía, y casi cubrían

el canto, como los encajes y brillantes adornos realzan el rostro de una hermosa. **Brian** la escuchaba procurando detener su respiracion, aunque no lo podia conseguir porque venia de dar una violenta carrera, y se le levantaba el pecho á su pesar, y con los esfuerzos que hacia para contenerlo corrian gotas de sudor por su frente. Pero nada sentia, porque **Susana** estaba tan hermosa en aquel estado, que no podia dejar de mirarla, y escuchar aquella brillante voz, aquel canto divino, aquella belleza entusiasta é inspirada, y todo esto le hacia delirar y estar fuera de sí.

Las últimas vibraciones de su voz terminaron en un dulce conjunto de melodías, y con ellas calló tambien el piano, y la encantadora niña, al alzar sus ojos conmovidos, se encontró en el espejo con la ardiente mirada de **Lancaster**, y se sobresaltó, no de vergüenza, sino de placer. Al volverse le besó **Brian** la mano, y ambos se sentaron en un sofá, y estuvieron algunos segundos sin hablar, pues **Susana** se consideraba feliz porque lo veia, y él enagenado con la impresion que acababa de

recibir, la admiraba en silencio desde el fondo de su alma.

—Yo os esperaba, milord, dijo al fin Susana; esta es la primera vez que venis tan tarde.

—¿Era por mí aquella plegaria que cantabais? le preguntó Brian como queriendo eludir responderle; el canto de los ángeles debe ser igual al vuestro, Susana.

Susana sin bajar los ojos le contestó:

—Cuando yo pido á Dios, es siempre por vos.... ¿Pero quién os ha detenido tanto tiempo? Cuando no estais aquí siempre estoy triste.... si algun dia dejarais de venir!...

—Ese dia me habria muerto, milady.

Los ojos de la hermosa jóven brillaron de placer, y le dijo con voz alterada:

—Muchas gracias, Brian, os creo, y me envanezo con mi amor. Y poniendo su mano sobre la de Brian, añadió: ¿De dónde venis, milord?

Susana sorprendida, lo examinaba desde la cabeza á los pies, pues como ya dijimos, el pelo descompuesto le caia en parte sobre la cara, el sudor chorreaba de su

frente, mezclado en algunas partes con gotas de sangre, y el mal estado de su vestido era mas notable, porque su trage era siempre de última moda, aunque serio. El rico paño de su frac negro estaba desgarrado en varias partes, la corbata descompuesta y sujeta con un nudo cualquiera, las botas sin lustre y salpicadas de lodo, y los encages de la pechera ajados y rotos, colgaban sobre las solapas de su chaleco de raso. El sombrero que habia dejado en una silla al entrar, habia perdido su figura, y se le veian arañados los dedos por las roturas de sus guantes de cabritilla; en una palabra, parecia que acababa de salir de una orgía, ó de sostener una lucha peligrosa y difícil.

La pregunta de Susana, que era ciertamente muy natural, sacó de repente por lo visto á Brian de su contemplacion sentimental, porque se levantó precipitadamente, se miró á un espejo, y al verse le dijo:

— ¡Perdon, milady! ¡mil veces perdon!... por mi honor os aseguro que no creia hallarme tan mal parado.

—Pero ¡en nombre del cielo! ¿qué os ha sucedido, milord? exclamó Susana seriamente inquieta.

—Algo, y bastante grave, respondió Lancaster sonriéndose; todo lo mas grave que puede suceder, milady.... Vengo de hacerme reo del crimen de alta traicion.

Esta palabra no tenia ninguna significacion para la princesa de Longueville, y por lo tanto repitió, como se suele hacer cuando no se entiende una cosa:

—¡De alta traicion!

—Sí, milady, repuso Brian, que ya se habia echado atrás su hermoso pelo rizado, y procuraba reparar en lo posible el desorden de su traje; pero esto no me excusa en nada, y podeis creer que si me hubiera mirado al espejo antes de venir aquí....

—Pero, milord, le interrumpió Susana con un movimiento de impaciencia, eso no me explica....

—Es verdad, contestó Brian, que no se podia figurar hasta qué punto necesitaba Susana que la satisficiera; vos deseais saber, señora, cómo he podido yo insultar á la magestad real....

— ¡Insultar á la magestad real! le interrumpió otra vez Susana, á quien estas últimas palabras sirvieron de aclaracion de su primera respuesta; ¿pero eso ha sido exponeros á un peligro terrible, milord?

— Sí, milady.... á peligro de muerte; dijo friamente Lancaster, y puesto que hablamos de ello, pude muy bien no haber vuelto.

Susana se puso pálida, pero él prosiguió sonriéndose:

— Pero, señora, no ha muerto mas que mi pobre Ruby.... ¿conociais á Ruby?... ¡Era un animal escelente!... ¡el rey de los caballos corredores!... Esta mañana ha dado la última carrera, y nadie dirá que se ha rendido demasiado pronto.... Ruby se ha burlado de un escuadron entero de húsares, ¡á fe mia!

— ¿Y creéis que queda aun algo que temer? le preguntó la princesa, que todavía estaba pálida.

Brian se volvió á sentar junto á ella en el sofá, y con tono cariñoso y jovial le dijo:

— Os lo voy á contar todo, señora; pero

antes, y para que sea mas disculpable mi aventura, es preciso que sepais que hace tres dias que ando por todo Lóndres buscando una cosa que no he podido hallar....

— ¿Qué cosa, milord?

— Ese es un secreto mio, señora, contestó Lancaster con seriedad.... Yo buscaba y no encontraba; ¡terrible apuro! pues porque me hacia falta esa cosa, la buscaba.... Esta mañana me ocurrió, que podria acaso obtenerla.... ó si os parece mejor dicho, milady, robarla á nuestro gracioso soberano el rey Guillermo. Este fue un pensamiento feliz para mí: mando ensillar á Ruby.... ¡pobre Ruby! y parto á escape al palacio de Windsor, donde la casualidad se me mostró al pronto favorable: el rey no estaba allí, me franquearon la entrada, y pude penetrar en una pieza toda llena de cosas semejantes á la que buscaba....

Susana tenia el alma demasiado elevada para ser curiosa, pero con cuánta frecuencia no toma el interés las apariencias de la curiosidad? Se trataba además de Brian, y todo lo que con este tenia relacion, era

para ella lo mas importante; de consiguiendo, examinaba con el mayor cuidado su fisonomía, y no le perdía una sola palabra, queriendo adivinar cuál seria el objeto precioso, por el que tan temerariamente se habia espuesto á la venganza real. Brian fingió no advertir su impaciencia, y prosiguió con mucha seriedad.

— Habia allí cien cosas iguales, señora, habia mil donde podia escoger á mi autojo, pero por una fatalidad singular, no habia ninguna precisamente como la que yo buscaba.... Las habia de muchas clases, pero no estaba la mia.

— ¿Y no me quereis decir, milord, de qué cosa hablais? le preguntó la princesa con tono muy cariñoso.

— Es un secreto que se queda para mí; dijo otra vez Lancaster, pero sonriéndose. Viendo, pues, que no la encontraba en Windsor, monté á caballo, y mi valiente Ruby volvió á emprender su carrera. Iba como el viento, señora, y al cabo de una hora ya percibí los *kioscos* chinos, y las pagodas de Kew, pero se me presentaba un terrible obstáculo, el estandarte

real ondeaba en el palacio de **Rew**, y esto indicaba que el rey estaba allí.

A medida que **Brian** iba adelantando en su narracion, se animaba su voz, y su fisonomía, tan seria por lo comun, tomaba una espresion de alegría contagiosa, y **Susana**, siguiendo este movimiento de jovialidad desusada, se sonreia con la sonrisa de **Brian**, y parecia contenta porque él lo estaba.

— Cuando el rey está en el palacio, continuó diciendo, se cierran para el público los jardines y terrados reservados, principalmente despues del atentado de aquel loco que disparó un pistoletazo á la princesa **Alejandrina Victoria** (1), hija del duque de **Kent**, en medio precisamente de una funcion en su propiedad de **Hampton-Court**. Se ponen además centinelas en todas las entradas, y rondas de guardias de infantería continuas al rededor de los terraplenes. Me era, sin embargo, indispensable llegar al pie mismo del palacio, mas allá de los fosos, á aquel her-

1 La reina actual de Inglaterra.

moso prado en que está situado el invernáculo de plantas del Japon: me era de absoluta necesidad.

—¿Pero para qué, milord, para qué?

—Ya lo sabreis, señora.... salvar los terraplenes era un juego, merced á mi decidido Ruby; y así fue que llegué sin inconveniente hasta el borde del foso, al cual bajé, porque Ruby tenia los pies muy firmes y seguros, y allí me puse de pie sobre la silla, y de un brinco me hallé sobre el césped del prado, á treinta pasos de un centinela.

—¡Eso era jugar la vida, Brian! le dijo Susana que ya habia perdido su sonrisa.

—Pues es lo único que me puede hacer interesar en una partida, contestó Brian, cuya alegría se habia ofuscado un momento. Y como Susana le dirigiera una mirada de dulce reconvencion, añadió en seguida:

—Soy un ingrato, Señora, y se me olvida que he divisado felicidad en el porvenir, pero no se pierden fácilmente los antiguos hábitos. ¡He aborrecido tanto

tiempo la vida!... ahora os amo, Susana, y bien sabe Dios que sentiria mucho morir porque me separaria de vos; pero yo soy así: no hay obstáculo que me arredre cuando quiero una cosa, y queria entrar en Kew.

Esto último lo dijo con ligereza, y volvió á continuar con su anterior jovialidad.

—Perdonadme, milady, que os haya hecho concebir temores, y perder vuestra encantadora sonrisa. El centinela que os dije, dormia apoyado en su fusil.... era un buen muchacho de la guardia de infantería que habia sin duda pasado la noche bebiendo en honor de su graciosa magestad, el rey Guillermo. Así que monté el foso, me dirigí con paso muy mesurado hácia los floreros del Japon, para aparentar que era de los que vivian en el palacio, mas á la vuelta de una calle me encontré de manos á boca con la princesa viuda María Luisa Victoria de Kent, y su hija Alejandrina Victoria, á las que saludé respetuosamente como debia, y seguí adelante. La jóven princesa, una hermosa niña por cierto, señora, no quitaba

sus ojos de mí, sin duda porque mi reciente escalamiento habia ya descompuesto mi vestido en términos, que no estaba muy en armonía con la etiqueta de la residencia real.... hasta que por último la vi correr hácia el cuerpo de guardia seguida de su augusta madre. Este era un síntoma de muy mala especie.

— ¿Y huísteis, milord?

— Seguí mi camino y entré en el invernaculo, donde me costó tiempo y trabajo elegir, y cuando salí de él, las calles estaban ya llenas de soldados... Milady, continuó Lancaster con algun embarazo, casi me da vergüenza confesar á una señora francesa, que los nobles ingleses egercemos con cierta superioridad el arte muy poco caballeresco de los antiguos atletas... pero en fin, á varios soldados de infantería que se presentaron sin armas á cortarme el paso, los derribé uno tras otro por las calles, lo cual no dejó de producir bastante escándalo. Las ventanas del palacio se llenaron de gente, por todas partes gritaban los gefes que me prendieran muerto ó vivo, y antes de llegar al reborde del ter-

raplen me hicieron fuego dos centinelas...

— ¡Es posible! dijo Susana estreme-ciéndose; ¿y estais herido, milord?

— No, señora, no, contestó alegre-mente Lancaster; es lo único que le falta á la parte dramática de mi aventura, no tengo el mas leve rasguño de que poderme vanagloriar.... mi sombrero es el que úni-mente recibió una bala bastante bien diri-gida por una casaca colorada.

Susana se levantó presurosa, y cogió el sombrero que estaba, en efecto, atra-vesado de parte á parte, y exclamó:

— ¡Dios mio! haberse espuesto así á morir! ¿y por qué, milord, en nombre del cielo, por qué?

— El resto de mi narracion se reduce meramente á una carrera saltando zanjas y vallados. Desde el reborde del terraplen brinqué al foso sobre el lomo de mi pobre Ruby, que salvó la escarpa como si hubie-ra tenido uñas de gato montés, y salió en seguida á escape.... Ya la alarma era com-pleta, y me hicieron el honor de dos ó tres descargas con sobrada razon, no lo puedo negar, porque debia tener todas las

trazas de un malhechor que habia ido allí con algun mal designio.... Ruby entretanto no discurria, sino corria.... ¡Hubierais visto un torbellino, señora, y eso que habia andado mas de treinta millas el pobre animal! Le humeaban las narices, y se le juntaban los ijares, pero no por esto se enfriaba: atravesaba por entre algunos húsares, que se habian apostado para detenerme, con una velocidad verdaderamente mágica, hasta que viendo yo tres que venian por la izquierda á cortarme, y no teniendo por la derecha mas que el enverjado de un parque, por la primera vez de mi vida apliqué las espuelas á Ruby, que dió un salto prodigioso, y me puso al otro lado de la verja. Tirad, dijo entonces uno, ¡tirad al asesino de S. M.! Creyeron, milady; ¡Dios me perdone! ¡que queria asesinar al anciano rey! Los tres húsares descargaron las carabinas por entre las barras del enverjado, y sentí que Ruby se estremeció pero no se detuvo.... solo á cuatro millas de allí, en medio del parque del regente, cuando ya me veia libre de toda persecucion, se dejó caer de

repente el pobre animal, y al irlo á levantar, vi que estaba muerto.

—¿Lo habrian herido los húsares? dijo Susana que se estremeció al pensar lo cerca que habia estado Brian de la muerte.

—Le habia alcanzado la bala de un húsar, señora, respondió tristemente aquel.... ¡pobre Ruby!... Pero traigo al fin lo que fui á buscar, añadió sacando una rica caja del bolsillo; y estoy contento.

Susana nada dijo, pero se bajó para ver el misterioso objeto porque tantos peligros habia corrido Lancaster, y este, sonriéndose, abrió la caja que contenia una camelia blanca con listas azules. Susana se puso la mano sobre el corazon, se le humedecieron los ojos y exclamó:

—¡Ah milord! ¡milord! ¿con qué esto era para mí?

—¿Pues para quién habia de ser, señora? contestó Brian, cuya mirada, respirando amor, se fijaba sobre los ojos abatidos de la princesa.

Esta tomó la camelia, y él dándole un beso en la frente, añadió:

—Yo os habia privado de la otra flor,

Susana, y habiais llorado por ella.... todos sus matices estaban aquí.... (y señalaba su corazón) habia muchas parecidas, pero yo necesitaba una igual.... La hubiera cojido aunque fuera en la boca de un cañon.

Esto, que Lancaster dijo sencillamente y sin énfasis, hubiera sido acaso de parte de un francés fanfarronada ó delirio, pero en él, tratándose de una cosa tan pequeña, era seguramente un ímpetu de ese sério entusiasmo, que seria capaz de conmover el mundo.

Susana besó la flor, y dijo:

—No se apartará ya de mí, milord.

La otra que habia sido llorada, era tambien una camelia blanca con vetas azules, como las de los invernáculos reales. Susana la llevaba marchita y seca, como estaba, hacia mucho tiempo, en un medallon de oro, y habiéndosela enseñado un dia á Brian, este por torpeza, ó bien por un acceso involuntario de celos, la habia restregado y reducido á polvo. En las cosas del corazón no hay vagatelas, y Susana, al ver destruida su flor, lloró

amargamente; **Brian** arrepentido, como si hubiese cometido un delito, recorrió todos los jardines de **Lóndres** sin poder encontrar otra camelia semejante á la perdida, y de aquí nació su estraña idea de ir á buscar á los invernáculos de **Windsor** y **Kew**.

Susana no se acordaba ya de su flor, pues su pesar no pasó de ser momentáneo, como todo el que se tiene al separarse de un objeto por largo tiempo querido, además de que su nueva vida, y su carácter demasiado formal, bastaban para que no la ocupase mas de un dia el recuerdo de una triste flor, último resto de sus pasadas ilusiones, de que los recientes sucesos la separaban como un abismo. La accion de **Brian** la afectó en extremo, no por el recuerdo de la flor perdida, sino porque era una prueba de amor irreflexivo, fogoso y llevado hasta la demencia, y porque las circunstancias que la acompañaban eran las mas propias para causar viva impresion en una naturaleza tan enérgica, decidida, y pronta en sus resoluciones, como la suya. La frivolidad del objeto, unida á los pe-

ligros arrostrados, daba á la aventura un prestigio novelesco, que tal vez hubiera mirado con desden una lady de corazon muy gastado, pero que debia electrizar á un alma nueva, y no gastada aun con la debilitante atmósfera de la sociedad.

Susana sacó del pecho el medallon, y lo abrió para colocar en él la nueva flor, mas Brian le detuvo la mano, y le dijo con tristeza:

— ¡Qué, señora! ¿en el mismo lugar que la otra?

— Yo amaré ésta como la otra, milord.

— Como la otra.... repitió pausadamente Lancaster; y acaso algun dia la enseñareis á.... á alguno, milady.... y este cogerá la flor seca, y hará lo que yo hice con la otra.... ¿No me dijisteis que aquella era un recuerdo?

Susana se ruborizó y bajó los ojos.

— ¡El recuerdo de un hombre! acabó de decir Lancaster á media voz.

— De un hombre, sí, milord, contestó Susana.

Brian le soltó la mano, y ella cerró el

medallon con la flor, y le dijo con una encantadora sonrisa:


—De un hombre hermoso, noble y valiente: de un hombre, milord, á quien amaba ardientemente y con toda mi alma, del único hombre que he amado en mi vida.

—Y ese hombre, señora, preguntó Brian apretando los dientes, ¿quién era?

—Erais vos, milord.



El centinela dormido.

 sí hablaban Brian de Lancaster y Susana, olvidando el resto del mundo, y sin acordarse ésta siquiera del oculto espionaje que incesantemente la rodeaba por todas partes, y que no por esto dejaba de estar alerta en aquel momento. Detrás de la ennegrecida vidriera del oscuro gabinete, en que vimos en otra ocasion al ciego Tyrrel interrumpir bruscamente á Brian y á Susana, estaba la señora duque-

sa de Gevres, muy envuelta en su bata entretelada, y los pies entre pieles, escuchando y mirando.

La posicion de Susana respecto de Tyrrel y la francesa no era ya la misma que á su llegada á la casa de la calle de Wimpole, pues aunque siempre la celaban y vigilaban, tenian con ella mas deferencias y consideraciones, y habian cesado las amenazas con que antes la aturdian. Debialo esto á las recomendaciones del marqués de Rio-Santo, que la habia tomado, al parecer, bajo su proteccion, lo cual les bastaba á Tyrrel y la francesa que, aunque mas inclinados uno y otro á pensar mal que bien, prescindian de los motivos de aquella benevolencia.

La duquesa de Gevres, pues, no habia perdido una sola palabra de la novelesca relacion de Lancaster, desde el observatorio en que se situaba al momento que éste ó la condesa de Derby pisaban el umbral de la puerta, y la buena vieja se habia hartado de reir á costa de Brian. *El escéntrico* se ha vuelto trovador, decia entre sí, y esto está ahora mas divertido

que antes.... Si ese tuno de Tyrrel.... se me enciende la lengua cada vez que tengo que llamarle milord.... si ese tuno de Tyrrel hubiera venido, podríamos hablar un poco.... Pero parece que traen un gran negocio entre manos.... yo lo sabré antes que anochezca.... porque Tyrrel no es tan sagáz que no se le pueda sacar lo que una quiera, en sabiendo como entrarle. Mas á pesar del gusto de la curiosidad satisfecha, y de este y otros monólogos con que entretenia su soledad, ya empezaba á fastidiarse en su gabinete negro, y á desear soltar la carga. Estaba sentada con comodidad, ó mejor dicho, estaba recostada en una silla poltrona, y con los pies calientes, y la oscuridad del cuarto pesaba sobre sus ojos, á lo cual si se agrega el fastidio, no hay duda que cualquiera se dormiría, aun teniendo propósito de no dormirse; y esto cabalmente le sucedió á la señora duquesa, que se durmió. Pero no fue, en verdad, por culpa suya, pues por de pronto no hizo mas que cerrar los ojos, creyendo que para oír le bastaban los oídos, en lo cual sin duda tenia razon.

Una vez cerrados siguió oyendo la conversacion de los dos amantes, mas á muy poco empezaron á vagar confusamente las palabras al rededor de sus oídos, y este fue un momento penoso, pero lo venció y se durmió profundamente para soñar que estaba escuchando, y ya entonces se tranquilizó su conciencia.

Esto sucedia en el momento en que Brian se entristecia creyendo que participaba otro con él de los recuerdos de Susana, de suerte que la francesa no oyó la hechicera contestacion de su supuesta sobrina. Y á fe que perdió tambien muchas cosas muy curiosas.

— ¡Qué! ¿era yo milady? exclamó Brian; ¿era mio ese recuerdo que me tenia tan celoso?... ¿Pero cómo es posible? siguió diciendo en seguida mirando á Susana con aire de duda: vos acabais de venir á Inglaterra, y yo jamás he estado en Francia.

Susana se puso pálida, quiso responder, pero no se atrevió.

— Para conservar recuerdos de una persona, continuó Brian con espresion apa-

sionada, es preciso haberla visto, conocerla....

— ¡Oh milord! dijo entre dientes Susana: ¡yo os conocía!

— ¿De dónde me conociais, señora?

La pregunta era ciertamente muy natural, pero Susana no lo podía satisfacer sin contarle toda su vida, y eran muchos los motivos que la retraían de hacerlo. Tenía en la mano, y lo volvía y revolvía maquinalmente entre los dedos, el medallón en que había encerrado la flor, que era de forma antigua, con una raspadura muy mal hecha en la cubierta superior, que no había borrado del todo el primitivo grabado, y en el que Brian creyó reconocer la primera vez que lo vió, un escudo de armas de forma inglesa, con dos águilas coronadas por soportes. Estos eran los de las armas de Lancaster, pero como no hay nada más común entre los blasones que la semejanza de los soportes, y Brian, como todo noble, estaba versado en la heráldica, no había dado importancia á esta conformidad, y únicamente le habían llamado la atención los restos de una corona de conde

sobrepuesta al escudo; pero de ninguno de estos pormenores le quedaba ya memoria. El apuro de Susana para contestarle era tan visible y lastimoso, que no pudo dejar de infundir sospechas á Brian, y de echar, digámoslo así, nieve en su fuego, de forma que primero se sintió sumamente conmovido en el fondo de su corazón, y despues se quedó frio, y convertido en el hombre de antes, en el inglés lleno de flemma, y así le dijo:

—Conozco, señora, que cada uno tiene sus secretos, y yo no me creo con derecho á que me reveleis los vuestros.... os dignais decirme que me amais, y esto es mucho.... demasiado ciertamente para lo que yo merezco, y os ruego disimuleis mi indiscreta pregunta....

—¡Brian! ¡Brian! no me habéis así, le interrumpió Susana con voz sofocada.

—Sí señora, prosiguió diciendo Lancaster, perdonadme la indiscreta pregunta que nada me autorizaba á hacerlos.

—Milord, dijo Susana pálida, pero con mucha dignidad, y poniéndose en pie: no os burleis de mí: ni merezco vues-

tra sátira, ni la podría soportar.... existe un gran peligro que nos amenaza á los dos.

— No os comprendo, señora princesa.

— Yo no soy princesa, milord.... ahora ya es preciso que me oigais.... si lo fuera, seria vuestra esposa: si fuera princesa, y rica, y poderosa, como vos y el mundo habreis creído, hace tiempo que mi nobleza y mi fortuna hubieran estado á vuestra disposicion.

Brian la miraba aturdido y confuso, y ella que hasta entonces habia contenido su voz, continuó con acento decidido y violento:

— ¡Oidme! ¡oidme! ¡y no me acuseis jamás de las desgracias que van á venir sobre nosotros!.... Yo no soy princesa, ya os lo he dicho, soy un ciego instrumento colocado en manos poderosas.... Soy Susana, milord, la hija del judío Ismail Spencer, ahorcado el otoño último delante de Newgate.

Brian retrocedió tres pasos, y exclamó:

— ¡Ismail Spencer!... ¡el usurero Ismail!

— Ismail el falsario, milord, Ismail el ladrón.

Susana se ahogaba, mas pronunció, no obstante, estas últimas palabras con decisión, y con el arrogante tono de un valiente que manda el fuego que le va á dar la muerte, y en seguida miró azorada á todas partes, como si esperara una catástrofe inevitable. A esto siguió un profundo silencio, y cayó fatigada sobre una silla. Brian pálido, la miraba entretanto con esquividad, como si se creyera en medio de un horrible sueño.

— ¡Nada! dijo al fin Susana despues de un momento de silencio.... ¡no me mandan callar.... no me han oido!

Brian estaba como petrificado, y la hermosa niña acercándose á él, exclamó:

— ¡Oh milord! ¡milord! os voy á abrir mi corazón sin el miedo de acarrear sobre vos la muerte ó la desgracia.... Vos lo ignorais, Brian.... pero me habian dicho: si hablas, cada una de tus palabras caerá sobre la cabeza de Brian de Lancaster.... y yo callaba, milord.... y yo rehusaba la oferta que me hicisteis de vuestra mano,

porque me consideraba indigna de vos, y os dejaba creer....

—¿Sois indigna de mí, Susana? preguntó al punto Brian con voz grave y profunda: respondedme luego, señora, porque es preciso que en este momento os pida perdon de rodillas, ó me despida de vos para siempre.

Susana estuvo sin responder como cosa de un minuto, porque su situacion era muy crítica: conocia que su porvenir, su amor, y todas sus esperanzas de felicidad tan halagadas en aquellos dias, dependian de una palabra suya; y por otra parte, la experiencia de una semana no le habia enseñado lo bastante para comprender bien la pregunta de Lancaster. Dudaba porque no sabia, y porque ni aun á costa de su felicidad hubiera querido engañar á su amante.

—¡Respondedme! dijo otra vez este último con severidad.

—¡Milord! contestó entonces en voz muy baja: soy pobre, y mi padre fue ahorcado. En seguida levantó la cabeza, y miró al juez que iba á decidir de su

suerte: éste se apoyó contra el piano, se apretó la frente con la mano, y esclamó con pasión, al mismo tiempo que su sangre se agolpaba á su cara:

— ¡Qué he de pensar de esto, Dios mio! ¡qué he de pensar!... ¡Susana! yo os amo todavía.... os amo mas que nunca.... ¡Oh! no me engañeis con vuestro silencio.... ¡Decidme por piedad, señora!... ¡decidme lo que sois!... No me habléis mas de pobreza, yo soy pobre tambien: no me habléis mas de vuestro padre, ¿qué me importa á mí vuestro padre?... A vos, á vos sola, es á quien yo quiero conocer. ¿Quién sois, señora? ¿por qué ese falso título? ¿de dónde os vienen esos adornos que tanto os embellecen? ¿con qué derecho vivis en esta suntuosa casa?... ¿Por qué no necesitais de mi apoyo?

— Yo lo deseo, Brian. A costa de mi sangre quisiera ser vuestra, y debéroslo todo á vos; dijo Susana, en cuyo afligido corazon brilló un rayo de esperanza: ¡mas qué quereis que os diga, Dios mio!... ¡Cómo os he de comprender!... Yo nada sé de lo que saben las demás mugeres....

Estoy como loca, y tengo esperanza porque veo amor en vuestra cólera.... pero vuestras preguntas me atormentan.... Todo lo que puedo deciros, Brian, es que os amo, y que jamás he amado á nadie mas que á vos.

Brian se agitaba en sentidos opuestos por la duda y la emocion, y aunque el noble rostro de Susana decia lo que no podian espresar sus palabras, la acusaban sobrados indicios: hasta que al fin, avergonzado de lo que llamaba su debilidad, le dijo con voz trabajosa, pausada, y como si cada palabra le desgarrara el alma:

—Señora, no es posible amar dos veces como yo os amo, y jamás entregaré mi corazon á otra muger que no seais vos.... Creeros culpada es el mayor martirio que puedo tener en este mundo.... he dudado, os he preguntado cuando otro os hubiera rechazado con desprecio....

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró la hermosa niña, que se sentia desfallecer, y Brian tuvo compasion, pero continuó:

—Cuando os bastaba una sola palabra...

—Pero esa palabra la ignoro yo, Brian;

le interrumpió Susana, cuyos ojos brotaban ardientes lágrimas. ¡No me condeneis así, os lo suplico en nombre de vuestra madre!... ¡por qué vos tendreis madre, sí!... Si he dejado que me den un nombre que no es el mio, si he contraido un empeño tenebroso, y que no sé hasta dónde puede estenderse, ha sido por vivir.... ¡y si yo quise vivir, cuando me sorprendió el tentador en el acto de arrojarme á la muerte, fue por vos!...

Brian no la entendia, pero aquella voz y aquel llanto le llegaban al alma, y casi estaba convencido.

— ¡Escuchad! ¡escuchad! exclamó en seguida Susana, cuyos llorosos ojos centellearon con el fuego de una repentina inspiracion: ¡Yo no soy indigna de vos, Brian!

— ¡Cierto! ¿decis verdad? dijo éste dando un paso hácia ella.

La pobre niña creia haber hallado un talisman, y esta nueva pregunta le volvió toda su tristeza, y replicó suspirando con abatimiento.

— ¡Todavía lo dudais! Yo no puedo

encontrar la palabra que os ha de hacer creerme, milord.

Estas respuestas estrañas é ininteligibles, retraian á Brian de la confianza que tanto deseaba recobrar, porque no es fácil comprender un estado como el de Susana, y es preciso ser muger para penetrar los misterios que encierran los círculos en que se forma la educacion de cada uno en nuestras sociedades modernas. Un hombre, aunque sea un *escéntrico*, pasa veinte veces al lado de estas existencias escepcionales, sin descubrir otra cosa que el olor de estrañeza que exbalan, y que á todos divierte, y aunque tal vez esta misma estrañeza fuera la causa y origen de la repentina pasion de Brian, ya no se acordaba de ella, y queria medir á Susana con la medida comun. Su amor, por fortuna, era inmenso, y su corazon no estaba gastado, por lo que así que pudo dudar esperó, y cuando Susana se entristecia tanto, su causa ya estaba ganada, porque entre ella y Brian no se trataba mas que de ella sola, como él habia dicho, y no de la desgracia de su nacimiento.

En Inglaterra son muchas las personas, y sobre todo las que pretenden dar el tono en la moda, que no admiten vicio, ó pecado original; y en esto, en verdad, no podemos vituperarlos; pero algunos van todavía mas allá, y hemos visto lores, que han buscado sus esposas legítimas, las madres de sus presuntos herederos, en sitios que no queremos nombrar. Esto podrá ser muy original, pero lo único que en nuestro entender nos es permitido decir sobre ello á sus señorías es, que sobre gustos y colores nada hay escrito.

Como cosa de diez minutos despues de las últimas palabras que pronunció desconsolada Susana, se sentó Brian junto á ella en el sofá, y aunque su altiva frente no habia recobrado la espresion de tranquila felicidad, que le habia valido la calificación de *trovador* de la duquesa de Gevres, ya no se le veia el ceño que tanto habia entristecido á Susana, á quien tambien le empezaba ya á asomar la sourisa en medio de sus hermosas lágrimas. Esto consistia en que ella habia encontrado la famosa palabra exigida por Lancaster, el talisman,

y decia entre sí: no hay entre los dos mas que el suplicio de mi padre, y la distancia que media entre la hija de un judío y un hombre ilustre.

Brian, por su parte, segun la eterna costumbre de los amantes, habia pasado de un extremo á otro: no queria esplicaciones, las despreciaba, y le causaban horror; en cuyo caso ya debia vencer Susana, con tanta mas facilidad cuanto que el horror á las esplicaciones es un sentimiento pasagero, y ninguno hay mas tenaz por el contrario que el de la duda. Despues de la fogosa generosidad del primer ímpetu, viene la fria reflexion, y entonces ya no se combate, sino se oye y se escucha: Brian además empezaba á vislumbrar un misterio en la ignorancia comprobada de Susana, y lo queria descubrir.

—He aprendido muchas cosas desde que me amais, Brian, le dijo ella con los ojos todavía húmedos; pero aun no puedo responder á todas las preguntas, ni comprender todas las sospechas.

—¡No digais eso, señora! exclamó Lancaster; ¡olvidad que he sospechado de

vos!... El hombre es débil y malicioso, ya lo veis; y los que se creen exentos de las necias preocupaciones del vulgo, los que se vanaglorian de tener un corazón noble, y una razón libre de las miserias del mundo, son unos presumidos llenos de orgullo.... al primer encuentro caen.... Yo hubiera debido echarme á vuestros pies cuando me dijisteis: no soy princesa; debiera haberos dado gracias de rodillas por haberme honrado con vuestra confianza y vuestro amor, y por haber arrojado respondiéndome, un peligro que decís es terrible, y que tiene suspendido sobre vuestra cabeza una mano poderosa... Este peligro, imaginario ó real, os hacia temblar....

— ¡Por vos! Brian, ¡por vos solo! le interrumpió Susana.

Lancaster cogió su mano, que llevó apasionadamente á sus labios diciéndole:

— ¡Por mí! ¿y me habeis perdonado, señora?

Susana solo le contestó con una mirada de amor inmenso.

— ¿No sabia yo que erais pura? prosí-

guió Brian enojado consigo mismo; ¿no he leído en vuestro corazón, hace ocho días, que es el más elevado y perfecto del mundo? ¡Ah! cuando os creía princesa, estaba rendido, tierno y apasionado, ¡Dios mío!... y cuando me digisteis soy pobre, soy la hija de un criminal, me volví severo, me convertí en cruel, imperioso.... y hasta llegué á amenazar.

— Pero también habéis tenido lástima de mí, le interrumpió dulcemente Susana; y puesto que decís que me amais, ¿qué importa todo lo demás?

Brian quiso responder, pero ella le puso la mano en la boca diciéndole en voz muy baja:

— Es preciso darnos prisa: ¿no deseáis saber cuál es el peligro de que os he hablado?

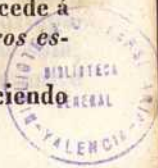
— Tengo necesidad de saber vuestra vida, replicó Brian, necesito oír hablar para saber hasta qué punto soy culpado.

— ¿Pues por qué me interrumpisteis antes? repuso la hermosa niña sonriéndose: yo quería deciroslo todo.... ¡estaba tan gozosa de abrir toda mi alma á vuestros

ojos! y en lugar de oirme me preguntasteis.... me dijisteis si era digna de vuestro amor.... ¡Ah Brian! ¿qué os podía yo responder? ¿yo que no creo haya en el mundo una muger digna de vos?

Lancaster se entristeció y bajó la cabeza, arrepentido de sus sospechas como de un crimen, y aunque es indudable que de diez ingleses, ó de diez hombres de cualquier pais del mundo, los nueve no quedarían satisfechos con las vagas esplicaciones de Susana, en vista del misterio de su posicion, aquel, sin embargo, se creia culpable solo por haber dudado. Su frialdad, convertida desde entonces en exaltacion, ponía en su amor una flor de delicadeza, que no se encuentra en nuestras costumbres prudentes y reflexivas; pero al fin este hombre debia obrar mejor ó peor que los demás, porque no lo podía hacer como todos, pues la *escentricidad* era su naturaleza, y no un manto con que se cubria trabajosamente, como sucede á las tres cuartas partes de los *caballeros es-céntricos*.

—No perdamos tiempo, siguió diciendo



Susana, ya que el espionage que me rodea ha cesado momentáneamente, pues si nos hubiesen oido, no se habria dilatado por tanto tiempo la venganza de los hombres que me tratan como esclava.... Os voy á contar mi vida, Brian... mi vida entera... y luego os diré lo que sé acerca de esta poderosa y misteriosa asociacion, cuyo poder nos envuelve, y nos podria aniquilar.

La francesa entretanto, seguia durmiendo en el gabinete negro, debajo de la caliente capucha de su bata, y soñaba que estaba despierta, y que Brian le contaba á Susana la curiosa historia de *Robinson Crusoé*, arrojado por una tempestad á una isla desierta, y como hacia mucho tiempo que no habia leído el *Robinson*, oia con sumo interés la relacion de sus aventuras.

Susana meditó un instante, y principió así.



XII.

Un beso entre sueños.

EN la casa de mi padre, en Goodman's Fields habia un jardin pequeño con doce hermosos árboles, doce encinas como las del parque del rey, y sin ninguna otra cosa, y aunque era yo entonces muy pequeña, me acuerdo que jugaba, entre ellos, sin que me dejaran ver mas que el nebuloso cielo de Lóndres, y á veces un sol opaco entre las nieblas. Siempre estaba sola, y algunas veces lloraba al ver por entre

los vidrios de las ventanas las niñas que reían y corrían alegremente sobre el césped de la plaza, mientras yo estaba triste, y me acuerdo que alguna vez lloré porque no disfrutaba de aquella libertad; mas me consolaba pronto porque entonces era fuerte, milord, mas fuerte que ahora, y me consolaba pensando que tal vez aquellas niñas envidiarían los suntuosos salones de la casa de mi padre.

Nunca salía yo á la calle, ni veía mas personas que mi padre, una presbiteriana llamada **Templanza**, que estaba borracha desde por la mañana á la noche, y un criado mudo llamado **Roboam**. Aquella me servía de camarera, ó por mejor decir, de aya, pero le estaba prohibido hablarme, y un dia que en su embriaguez dijo unas cosas estrañas, que no dejaron de hacerme impresion, mi padre, que estaba presente, la amenazó diciéndole, que la mataría sin misericordia si las volvía á decir. Lo que dijo, que se me ha quedado muy impreso en la memoria, como los mas pequeños incidentes de mi niñez, se referia á un lord malvado y cruel.... un conde, me pare-

ce.... que habia abandonado á su hija, y á una pobre muger que lloraba su hijo al otro lado de la Clyde. Ahora que lo pienso me parece que serian versos de alguna balada escocesa.

Templanza no se atrevió á volverlo á repetir porque temblaba á la vista de mi padre, aunque era una muchachona muy alta, con formas varoniles, y fisonomía áspera; su trabajo se reducía á vestirme y mecirme la mitad del dia en un columpio debajo de los árboles del jardin, y lo demás del tiempo ó bebia ó dormía, pero creo era una criatura sin hiel, y capaz de una buena accion. Roboam servia á la mesa, y no era mudo de nacimiento, porque se veian en su cara las señales de una bárbara mutilacion, como la que he visto despues en Oriente en aquellos infelices de que se sirven los musulmanes no sé para qué, y los judíos para sus sacrificios secretos; pero era un verdadero esclavo y mi padre le pegaba. El fue causa de que lo ahorcáran despues.

Vos conociais á mi padre, milord, porque varias veces os vi venir á su casa, aun

que fue algunos años despues de la época de que hablo, y entonces era jóven, y no me puedo acordar sin terror de él, y de sus ojos de lince fijos en mí con una expresion de burla indefinible. No me amaba, pero algunas veces me dirigia una sonrisa, y se deleitaba en contarme las delicias de las costumbres orientales, y enseñarme que el deber de una muger era agradar, seducir y obedecer: pero yo sí lo amaba á él, y tambien á **Templanza**, y tenia lástima del pobre mudo **Roboam**. Algunas veces no lo veía en tres ó cuatro dias, no porque estuviera ausente, sino porque estaba en una parte de la casa donde no me dejaban entrar, y entonces me quedaba sola con **Templanza** que bebia hasta caerse sin conocimiento, y **Roboam** que labraba pedacitos de madera dura, cuyo uso supe despues.

Yo no hacia mas que jugar debajo de los árboles con mi cierva, de la que aun no os he hablado; ¡pobre **Corah** mia, que era tan cariñosa, tan hermosa y me queria tanto! Mi padre la trajo al jardin, y **Roboam** le hizo una casita de tablas; al prin-

cipio me daba miedo, pero Ismail me acercó á ella, y Corah se echó á mis pies tan cariñosa, que me atreví á tocarla, ella me lamió la mano, y fue tal mi alegría al ver aquella caricia que era la primera que recibia en mi vida, que me abracé á su cuello. Mi padre se echó á reir, y aquella risa me dejó helada, pero me dijo: esta será desde hoy tu compañera, Suky, y ya no saldrá del jardin. Se fue en seguida, y yo me puse triste porque Corah se volvió á echar á mis pies, y me ocurrió de dónde vendria á encerrarse en mi prision aquella cariñosa criatura, que antes estaria sin duda tan libre como las muchachas que corrian por la plaza. Le hablé, como si pudiera entenderme, y aunque no sabia responder, Brian, sabia llorar, porque así que el sol se ocultó detrás de las tapias del jardin, se puso derecha sobre los pies, dió un balido, y levantó lo que pudo la cabeza para respirar el aire libre de afuera, y le corrian por la cara dos gruesas lágrimas. Aquella noche no me podia dormir pensando en la libertad de que no comprendia ni aun el nombre, pero que

me parecia vagamente llena de delicias, y cuando me dormi soñé que jugaba tambien con las otras niñas en la plaza, y que las amaba, y me amaban.

Aquíse detuvo Susana pensativa, y Brian, que la habia escuchado con muda admiracion, aprovechó el momento para decirle:

—¿Luego no habeis conocido á vuestra madre, Susana?

—No, le contestó; mi padre me hablaba de ella, pero era para exhortarme á aborrecerla.

Brian hizo un gesto de sorpresa, y replicó:

—¡Aborrecer á vuestra madre! ¿Y no tenéis recuerdos anteriores á lo que os decia vuestro padre?

—No, dijo la hermosa jóven.

—¿Y cuando estabais en la cuna no habia allí ninguna muger?

—Templanza, contestó Susana, que bebia y dormia.

—¿Y qué edad teniais en el tiempo de que me hablais?

—No lo sé.... Esto hace diez años, y creo que tengo diez y ocho.

Brian calló, y Susana se quedó pensativa, mas de repente se alegró su fisonomía, y siguió diciendo:

—Os voy á contar, milord, un suceso misterioso, que en aquella época rompió la monotonía de mi reclusion.... tal vez seria un sueño.... pero nunca he tenido ninguno tan dulce, y todas sus circunstancias han quedado grabadas en el fondo de mi corazon.... De tal manera, que por largo tiempo, por muy largo tiempo, siempre que queria gozar, cerraba los ojos, y recorria con el pensamiento aquel sueño ó recuerdo.

Dos dias hacia que no habia yo visto á Ismail, cuando hallándome una tarde en la pieza de recibo, me quedé dormida con la cabeza echada sobre el cuerpo de mi cerva Corah. Esta, cuando yo dormia así, permanecia inmóvil horas enteras, sin moverse hasta que despertaba.... pero esta vez hizo un movimiento que me abrió los ojos, y vi.... dormida aun ó despierta, no lo sé.... una señora que entraba seguida de Templanza. ¡Qué hermosa era, milord, y qué semblante tan dulce y bondadoso

tenia! Mi corazón se me quería salir del pecho hácia ella, pero no me atreví á moverme por la timidez natural de la infancia, aumentada en mí por la constante soledad, y fingí que dormía. Templanza y ella se pararon en medio de la pieza, y sentí que Corah temblaba, porque era también cobarde y tenía miedo á toda persona extraña....

Yo era demasiado niña para inventar estos pormenores, ¿no es verdad Brian? Templanza y mi padre me han engañado, porque yo vi aquella muger, sentí á Corah estremecerse, y esto no podía ser sueño.

En seguida lo miró para interrogar su fisonomía, y Lancaster dijo con emoción:

— ¡Cuánto hubierais amado á vuestra madre, Susana!

— ¿Pensais vos también que esto fue un sueño? preguntó ésta tristemente.

— Lo que pienso es, que Dios ha sido misericordioso conmigo, y que no merecía yo vuestro amor, Susana.... Continúad, ¡oh! continuad refiriéndome vuestra vida.... Ahora empiezo á comprender lo que sois, ahora empiezo á adivinar la

mano misteriosa y divina que ha hecho nacer un ángel en donde solo se habian echado semillas infernales....

— ¡Ah, milord! dijo Susana bajando la cabeza, ya no os acordais de que soy una infeliz esclava en manos de gentes perversas y poderosas, un instrumento funesto...

Brian la interrumpió cogiéndole la mano, y diciéndole:

— Sois solo una pobre niña engañada; pero estamos en Lóndres, Susana, donde hay dos millones de ojos abiertos; en Lóndres, donde hay sin duda mucho malo, pero donde es imposible todo poder oculto y misterioso, como el que me habeis pintado vagamente.... Habrá gentes que querrán servirse de vos con un objeto que ignoro, y que descubriremos.... pero esas gentes no son fuertes sino por vuestra ignorancia é inesperienza, señora....

— Cuidado, milord, que yo he visto cosas....

— Ya me las contareis todas, Susana; replicó Brian, y en seguida añadió con el tono jovial que se usa con los niños para disipar sus quiméricos temores; y si son

gigantes los combatiremos á sablazos, y si demonios, los exorcizaremos.

Y levantándose en seguida, abrió las dos puertas de las piezas contiguas, se aseguró de que estaban desiertas, se volvió á sentar, y añadió:

—Y por ahora no temais esas fantásticas espías que os causan tanto espanto: solo en los libros viejos se encuentran paredes que tengan oídos.

Si la señora duquesa viuda de Gevres no hubiera estado en este momento inocentemente dormida, hubiera sin duda desmentido la sentenciosa asercion del honorable Brian de Lancaster, pero la francesa seguia en sueños las aventuras siempre célebres de Robinson: y habia llegado justamente al pasage en que el célebre navegante se hacia una gorra de piel de cabra, y un quitasol de lo mismo. La duquesa lo encontraba un poco original con este trage, y pensaba, no sin alguna apariencia de razon, que vistiéndose de pieles para resguardarse del sol, se parecia en algun modo á Juan de Nivelles, que se agachaba por temor de la lluvia. Respe-

tando, sin embargo, la opinion de la duquesa, diremos, que Robinson era hombre de muy buen sentido, y que hasta estar mejor informados, conservaremos hácia él, su quitasol, y su gorra, la mas distinguida consideracion.

Susana no participaba de la seguridad de Brian, no obstante que la circunstancia de haber pedido estar hablando largo rato con tanta libertad era prueba, al menos de que no era tan grande la vigilancia, mas sin embargo continuó así:

— No podeis figuraros, milord, cuánto daria por poder creer que aquella muger tan amable y bondadosa, no era una vision, porque es el único recuerdo agradable que conservo de mi infancia. Ella me contemplaba enagenada de gozo mezclado con pesar y decia: ¡qué linda es! y Templanza, que por una rara casualidad no habia bebido aquella tarde, le contestaba: es un retrato vuestro, señora.

Oyerónse en esto pasos á lo último del corredor adonde daba la sala de recibo, y Templanza, que se puso amarilla á pesar del encarnado tan subido que habia dado

la ginebra á sus megillas, exclamó: ¡idos, señora, marchaos! ¡por Dios que salgais de aquí! La señora se volvió para marcharse, pero la detuvo algo, y deshaciéndose de Templanza que la queria hacer salir, se arrojó sobre mí, y me estrechó tiernamente contra su corazon.

Me seria imposible, milord, explicaros lo que sentí en aquel instante: mi alma se conmovió toda, me eché á llorar, y ya no volví á ver nada. ¡Oh! aquello no pudo ser un sueño, pues ahora mismo, Brian, me veis llorar con el solo recuerdo de aquel beso, único que he sentido con dulzura sobre mi frente.... ¡Ah! sí, milord, tenéis razon.... ¡Yo hubiera amado mucho á mi madre!

—Pero era ella sin duda.... exclamó Lancaster; era vuestra madre, milady.... vuestra madre á quien habian separado violentamente de vos....

Susana juntó sus manos en actitud de orar, levantó los ojos al cielo, y como si la idea de su madre la hubiera afectado deliciosamente, exclamó:

— ¡Mi madre!... ¡mi madre! ¡habré yo

visto á mi madre!... Y dejándose caer de rodillas, añadió: ¡Dios mio! ¡Dios mio! haced que ella sea dichosa.... muy dichosa.... ¡y que yo antes de mi muerte vuelva otra vez á sentir los labios de mi madre sobre mi frente!

—Mi vida es vuestra, señora; dijo Lancaster levantándola; el tiempo que yo dedicaba antes á mi rencor, ó á mis locuras, desde hoy os lo consagraré sin ninguna reserva... Buscaremos, averiguaremos, y si es cosa posible encontrar á vuestra madre, la encontraremos, Susana.

Esta lo miró con los ojos llenos de lágrimas, diciéndole al mismo tiempo:

—Dios oye mi súplica, puesto que me concede vuestro auxilio Brian.... Decidme otra vez que la encontraremos.

—Bajo mi palabra de honor os prometo procurarlo á toda costa, señora.... Después hablaremos de eso.... Dejaremos á un lado todos vuestros recuerdos dolorosos, para pensar únicamente en esta dicha, y en las esperanzas que hace concebir.

—¡Oh, qué bueno sois, milord! le dijo

Susana con una mirada de inmensa gratitud; sí, hablaremos de ella, la buscaremos....

Esta última palabra la pronunció con trabajo, y se entristeció, se secaron sus ojos de repente y le echaron fuego, y exclamó con cruel desaliento:

— ¡No! ¡no! vos me alucináis locamente, milord.... ¿Pues qué, no estoy yo segura de que no tengo madre? En vano me fatigo en querer dar cuerpo á ese recuerdo único y vago.... la realidad vuelve á parecer de nuevo, Brian.... la realidad que aflige y desespera.... ¡aquello no fue mas que un sueño!

— Yo no me puedo persuadir.... empezó á decir Brian.

— Oid, milord: cuando aquella amable boca tocó mi frente, di un grito de alegría, y estendí mis brazos para corresponder á aquella hermosa señora.... pero ¡ay de mí! solo encontré un vacío.... ya no estaba inclinada sobre mí para besarme.... y cuando abrí los ojos solo vi en la sala una oscuridad profunda. Verdad es que oí unos pasos que se alejaban con sumo cui-

dado, pero debieron ser los de Templanza.

Casi al mismo tiempo se oyó en la entrada del corredor la voz amenazadora de mi padre, y no entendí lo que decía, porque hablaba con Templanza una lengua desconocida para mí, que despues he sabido era el patués de la Irlanda occidental, á que ella le respondia con voz trémula, y mi padre no cesaba en sus amenazas. Por último la pobre muchacha se quejaba amargamente, y entre sus quejidos oí los golpes que Ismail le daba, y cuando trajeron luz la vi tendida en el suelo con la cara llena de sangre y cardenales, pues mi padre la solia maltratar así muchas veces. Quise acercarme á ella para consolarla, pero me apartó mi padre con aspereza, diciéndome:

—¿Has dormido bien, Suky?

—No he dormido, señor, le respondí, y he visto....

—Otro dia me contarás tu sueño, Suky, me interrumpió; pero no vuelvas á dormir en el suelo, porque las noches están frias, y por tu culpa he tenido que castigar á Templanza.

— ¿Pues que ha sido por mi causa? exclamé yo.

— Mira, Suky, me volvió á decir con su malvada sonrisa;— porque cuando se sonreía, Brian, se me estremecía todo el cuerpo, y me daba miedo— no vuelvas mas á dormir en la sala, hija, y cuando tengas sueños como ese, ven al instante á contármelos. ¿Lo harás, Suky?

Una pregunta de mi padre era siempre una orden, ó una amenaza, y así fue que bajé la cabeza, y empecé á temblar, y entonces sacudiéndome el brazo, me volvió á decir:

— ¿Lo harás?

— Si señor, lo haré: le contesté.

— Sí, Suky, eres una buena niña, y sino lo haces mataré la cierva.

Esta amenaza me afligió en extremo, y me causó una indignacion superior á mi edad, pues nadie tenia que me quisiera si no Corah, y por primera vez miré cara á cara á Ismail, y su torvo ceño no me hizo bajar los ojos, sino que antes le dije:

— Si la quereis matar, yo la defenderé.

El me dió un golpe suave en la megilla

diciendo al mismo tiempo: — Quien lo hereda, no lo hurta — ó cosa parecida, cuyo sentido no conocí entonces, y ahora tampoco lo comprendo con exactitud.

— Suky, dijo en seguida volviéndose á poner serio; si defiendes á la cierva cuando yo la quiera matar, te mataré á ti tambien.

Brian se estremeció en el sofá al oír esto, y exclamó involuntariamente: ¡Miserable!

— Ya ha muerto, milord, dijo pausadamente Susana, y era mi padre....

Así que se fue, probé á levantar á Templanza que estaba aun tendida en el suelo, mas con su voz ronca y gangosa me dijo: venga ginebra. Fui á traérsela, y la bebió con ansia y muchas veces, y en seguida empezó á cantar. Yo, puesta de rodillas á su lado, le pregunté quién era aquella hermosa señora que me habia abrazado, y ella en vez de contestarme, soltó una carcajada, volvió á beber, y se tendió á la larga en el suelo, diciendo:

— El judío me da palos, pero me deja beber.... ¿Qué me importan los golpes mientras tenga yo ginebra?

—Templanza, querida Templanza, le dije, ¡respondedme por Dios!

—Cuando tengo ginebra no me importan los golpes, volvió á decir: que me pegue el judío, que yo beberé.



III.

La cierva Corah.

DESDE entonces no me volvieron á dejar dormir en la sala de recibo, prosiguió diciendo Susana. Infinitas veces despues pregunté sobre aquel suceso á Templanza, mas sino estaba borracha, se echaba á temblar y no queria responderme, y si lo estaba, que era lo mas comun, me miraba con una sonrisa estúpida y se ponía á cantar. Vos, Brian, que habreis tenido una niñez feliz, con un padre bueno

y virtuoso, y colmado de las caricias maternales, no podreis tal vez comprender que uno de mis mas vehementes deseos es encontrar á Templanza, y poderle volver todavía á preguntar si aquello fue un sueño.

—No, Susana, no fue sueño, la interrumpió Brian. Mientras me lo contabais no he cesado de reflexionar; y basta el sentido comun y la menor experiencia para conocer que hay en eso algo mas que un vago sueño. Ese hombre, vuestro padre, señora, tenia algun interés en engañaros, que desconocemos; habia ganado á Templanza satisfaciendo su vil pasion á la embriaguez, y la hacia callar por el miedo á sus brutales castigos; y me atreveria á jurar, milady, por la salvacion de mi alma, que aquella señora que tan impresa se os ha quedado en la memoria, era vuestra madre.

—Gracias milord, ¡muchas gracias! le dijo Susana en voz muy baja, y hablando en seguida consigo misma, añadió.

—¡Y habia de haber venido mi madre á verme, para no volver despues nunca!...

¡Ah! ¿Qué será mejor, creerlo así, ó solo que fue sueño?... ¡Ay Milord! ¡cuántas veces me dijo Ismail que mi madre era la que me habia abandonado en la cuna!...

Fue pasando el tiempo, y yo crecí, oyendo siempre decir á mi padre que me iba poniendo bonita, y sin que mi vida sufriese la menor alteracion, constantemente encerrada en la casa de Gooman's Fields, sin mas sociedad que Templanza, el mudo Roboam y mi cierva, y viendo cada vez menos á mi padre, porque eran mas frecuentes sus ausencias, en las cuales supe despues que aventuraba su vida por ganar dinero, y que en los primeros tiempos ganó mucho, hasta que despues cambió la fortuna, y perdió la vida. ¡Si supierais, milord, cuánto lloré en aquella época! Habia cerca de dos años que tenia á Corah y que nos amábamos: era sumamente cariñosa y dulce, y me entendia con solo mirarme: si me veia sonreír retozaba como una loca al rededor de mí, y si me ponía triste.... que era lo mas frecuente, milord.... se echaba á mis peis, y se quejaba fijando en mí sus grandes ojos.... Mas de una vez vi

brotar de ellos una lágrima... ¡pobre Corah!... despues que se me murió tardé mucho en encontrar otro ser viviente con quien dividir mi tristeza.

Murió, en efecto, milord, porque no era como yo hija de la desdicha, sino que habia conocido la libertad. Sus pies, tan delgados y débiles en la apariencia, habian recorrido el espacio en la inmensidad de los bosques, de donde la sacaron para encerrarla en aquel reducido jardin, en que apenas encontraba aire que respirar, y se desmejoraba visiblemente porque se interponia una pared entre ella y el horizonte, y no podia aspirar el saludable ambiente de los árboles y plantas, y porque le faltaba todo, el movimiento, la fatiga y el sol. A la caída de la tarde, cuando la frialdad de la atmósfera abate las sofocantes exhalaciones de las cuatrocientas mil chimeneas de Lóndres, se le acortaba la respiracion, y casi perdía el aliento, hasta que los primeros rayos del sol de la mañana le hacian recobrar un poco de vida; pero el sol es aquí tan raro, y cuando falta, es tan fúnebre el horizonte....

Yo tambien me parecia algo á Corah, porque el pesado ambiente de mi encierro me oprimia el pecho, mas hallaba en ello un placer, que era la esperanza de morir... pero era demasiado fuerte, y la muerte no vino....

Una mañana, cuando bajé al jardin, me la encontré tendida sobre el césped respirando con mucho trabajo, y convulso todo su cuerpo: las piernas me flaquearon porque temí desde luego lo que sucedió; me puse junto á ella de rodillas llorando, ella se incorporó para hacerme sus acostumbrados cariños, mas no pudo, y se volvió á caer para no volverse á levantar jamás.

Brian tomó un pañuelo blanco bordado que tenia en la mano la linda jóven para enjugarle una lágrima que le caia por la megilla, y ella procurando sonreirse le dijo:

—¿Era un dolor bastante pueril, no es verdad, milord? Pero lo cierto es que han pasado siete años antes de poder encontrar un momento de desahogo, un movimiento de ternura, una mirada de amistad, una caricia sincera.... ¡Siete años,

milord! y todavía soy muy jóven.... Hace ocho dias que Dios me ha concedido el hombre á quien amo, y me ha deparado una muger angelical que me llama hermana, y ahora ya no me quejaré, suceda lo que quiera, porque vos me amais, y lady Ophelia me ha dado lugar en su corazon.

Todo el dia estuve junto á Corah muerta, y aunque intentaron separarme de ella no lo pudieron conseguir, pues mi deseo era morir allí. Por la tarde, milord, ¡qué cosa tan horrible! Templanza hizo entrar en el jardin un hombre muy feo, y contrahecho, cubierto de andrajos, y que hacia mil contorsiones al andar, y en seguida me dijo:

—Miss Susana, aquí está el pobre Bob, el mendigo, que viene á llevarse la cierva, es preciso que os vayais adentro, porque sino os pondreis mala.

No me moví, por supuesto, pero el horroroso mendigo se vino hácia mí andando de un modo que parecia tener el cuerpo dislocado, y fue tal la repugnancia que me causó, que me fui corriendo á la sala, y los dejé solos.

— Vamos, buen Bob, cargad con eso, le dijo Templanza.

Este se arrodilló en el mismo sitio donde yo lo habia estado antes, le pasó la mano por encima á Corah, y dijo medio entre dientes:

— Bastante flaco está el animalejo, pero si hubiera muerto de una buena cuchillada, todavía se podrian sacar por ella treinta chelines.

Yo me estremecí al oirlo, y Templanza repuso:

— Tal como está os la doy por un buen jarro de ginebra, pero despachaos, buen Bob.

— ¡Ginebra! murmuró éste, ¡siempre ginebra!... ¡una muger de cinco pies y seis pulgadas!... Mirad, Templanza, os traeré un cuartillo de Ginger-beer (1): el animalillo no vale mas.

— Id por él, contestó aquella, pero que sea pronto.

Bob metió la mano en el pecho y sacó un cuchillo muy largo que reflejó la últi-

1 Cerveza con nuez moscada.

ma luz del crepúsculo y dijo:—Lo mismo es antes que despues.... Seria lástima perder tantas libras de carne buena: yo la compondré de modo que crean que la he muerto por mi mano.

En seguida le oí una gran carcajada, y vi que hundia el cuchillo en la garganta de Corah: di un grito horrorizada, y me desmayé.

Al volver en mí me hallé en la cama, y á mi padre junto á la cabecera con un médico que le decia:—Es preciso que cuideis á esta niña: está mala, bastante mala: necesita aire libre, y los goces propios de su edad, porque de otro modo....

No dijo mas, pero lo entendí, y concebí esperanzas. Mi padre le replicó:

—¿Creeis en efecto que sea cosa grave? Mirad que ella es tan fuerte como hermosa.... Eso es efecto de una pesadumbre que le pasará.... le haré traer otra cierva, y se pondrá buena.

El médico meneó la cabeza, y acercándose á la chimenea tomó de encima de ella una flor de geranio que se empezaba á marchitar, y dijo:—Las flores y los niños

necesitan sol.... aquí teneis una planta que mañana estará seca.... Creedme, señor mio, haced que los pulmones de vuestra hija respiren el aire libre, y sino le sucederá lo que á esta flor. En seguida saludó y se fue.

Yo me hice la dormida mientras todo esto, y mi padre así que se quedó solo se sentó junto á mí, y me pulsó diciendo entre dientes con muy mal humor:—Estos danzantes de médicos se hacen poetas.... ¡Las flores y los niños!.... Pero ello es que Susana está mala, y ¡por Jacob! que mejor que perderla haré cualquier sacrificio. Ella es mi fortuna, y como quiera que sea me ha de valer una buena renta, y sin ningun riesgo.

Al otro dia, milord, me hicieron entrar en un coche cerrado, que no paró de andar en todo el dia, de forma que cuando me apeé ya era de noche, y al otro dia desperté en un hermoso cuarto, todo bañado de sol. Al momento salí de la cama, me fui á la ventana, y las lágrimas se me saltaron de placer con la perspectiva que se ofreció á mi vista: un horizonte inmenso,

bosques, un lago, montañas.... y los rayos del sol iluminándolo todo con sus dorados reflejos. Aquello era tan hermoso y magnífico que me hizo olvidar á mi pobre Corah por un momento, pues muy pronto se me figuró verla correr por entre los árboles, y brincar por las verdes orillas del lago, y tenderse sobre la yerba, y entonces lloré, pero no ya de alegría. No obstante, como era una niña, la novedad al fin disipó mi pena, pues aunque me acordaba y me acuerdo aun de Corah como del único ser que me consoló en la soledad de mi infancia, este recuerdo no era ya doloroso: siempre se me presentaba echada á mis pies, lamiéndome la mano con que le daba pan, ó la acariciaba, y nunca muerta, ni menos con el cuchillo del horrible mendigo Bob en la garganta.

En cuanto al lugar adonde me llevaron, lo único que puedo decir es que estaba muy lejos de Lóndres, pues nunca supe su nombre, ni su situacion. Allí me dejaban salir cuanto queria, sin mas restriccion que no hablar con ninguna persona estraña, ni mas compañía que Templanza

y Robeam, que iban conmigo á todas mis correrías por el campo, porque mi padre se habia quedado en Lóndres, y me impedían hablar con las buenas gentes que me saludaban al pasar.

De ocho dias á esta parte os he oido hablar de Dios á vos y á lady Ophelia, y esta me ha dado un libro en que hay cosas muy sublimes y consoladoras, pero en aquella época yo no sabia de Dios mas que el nombre, profanado por las blasfemias de Ismail, ó pronunciado por Templanza entre sus quejidos cuando mi padre le pegaba. Todo lo relativo á la religion lo ignoraba, y.... ¡cuántas cosas ignoro todavía!.. mas con todo, ya en aquel tiempo, aunque mi entendimiento estaba sumergido en las tinieblas, sentia en mí cierta inclinacion irresistible hácia una adoracion misteriosa, hácia una esperanza que no era de este mundo, sino que brillaba mas allá de la muerte. Esto mas que consuelo, era para mí un tormento, milord, porque hacia para comprender, esfuerzos penosos que nunca conseguian su objeto.

Muchas veces le preguntaba á Templanza

za, pero ó no me entendia, ó fingia no entenderme, y me contestaba con un insulso refran, ó me decia que pronto vendria por mí Ismail, y que iba á tener vestidos de seda y terciopelo, y perlas en la cabeza, y sortijas de brillantes en los dedos. Esto ya lo entendia yo, porque para lo malo ó lo frívolo no era tan ignorante, pues Ismail no habia cesado de decirme que era hermosa, y varias veces me habia hecho poner vestidos lujosos, y muchos adornos, como para promover mi naciente coquetería.

A principios de primavera salí de Lóndres, y estuve en aquella casa de campo ocho meses, que me hicieron un efecto extraordinario. Yo naturalmente era fuerte, y para debilitarme fue necesaria toda la dura presion de mi soledad entre la impura atmósfera de Lóndres, pero en el campo me desarrollé y robustecí de repente, cobró fuerza mi corazon, y mi entendimiento, aunque inculto, se atrevió á saltar las barreras que le habian puesto, y echar algunas miradas al mundo que no me querian dejar conocer. Aprendí á montar á caballo, á nadar en el estanque, y á

manejar una escopeta de caza que me habia dejado Ismail, y mi destreza admiraba algunas veces al mudo. Pero ya he visto, milord, que no son esas las cosas que debe saber una muger, y en ocho dias he aprendido que esas miserables habilidades no le sientan bien á una jóven, y las olvidaré todas, porque os quiero agradar, Brian.

Lancaster se inclinó sonriendo, y le dijo:—No olvideis nada, señora, yo os amo tal como sois.... Todo lo vuestro lo amo, vuestra ignorancia, y hasta esa tiranía de vuestra niñez, que tan diversa os ha hecho de las demás mugeres.... ¡Oh! ¡qué felices hemos de ser si vos me amais!

—¡Sí os amo! repitió Susana, cuyos ojos apagados con estos recuerdos, se animaron de repente: Dios sabe que hace mucho tiempo soy toda vuestra, milord... Luego os diré cuánto he sufrido sin vos, y por vos, cuando ni aun me conociais.... Os diré cómo cambiasteis, sin saberlo, mi apática resignacion en agonía, y mi triste indiferencia en martirio.... Y tambien os contaré cuánto amaba mis tormentos, y

qué extraño consuelo suavizaba la amargura de mi padecer....

Por el otoño recibimos una carta de Ismail, y volvimos á Lóndres en un coche cerrado, llegando tambien de noche. Yo debo ser muy rara, á no ser que todos sean lo mismo, porque al volver á ver aquella casa, donde tanto disgusto y fastidio habia sufrido, tuve un placer: lo tuve cuando me senté junto á la casita vacía de Corah; y los árdoles del jardin me parecieron amigos antiguos, y mi cuarto menos triste. Ya no me daban envidia las niñas que jugaban en la plaza, y que no eran las mismas, pues aquellas cuyas diversiones y juegos me daban celos habian crecido como yo, y ¿qué harian entonces puesto que ya no venian? ¿Si estarian quizás tambien encerradas?... ¡Pobres niñas! Y me daba lástima su suerte, porque se me figuraba que les sucederia lo que á mi pobre Corah, siendo prisioneras despues de haber sido libres.

Mi padre se admiró de verme cuando llegamos, y me dijo con verdadera sorpresa:

—Qué alta y qué bonita estás, Susana, el danzante del doctor tenía razon con su flor y su niña.... Vamos, hija mia, ya eres una muger y es preciso tratarte como tal. ¿Te gustan los trages buenos?

Yo me puse colorada de placer al oirlo, y él prosiguió con aspecto risueño:

—Pues los tendrás, y adornos y joyas... y verás despues caras nuevas.... ¡Oh! te vas á divertir como una reina, Susana.

Así que salió mi padre, me quedé pensativa, porque mi curiosidad se convirtió en un temor atroz: la idea de ver y hablar á nadie que no fuese mi padre, ó Templanza, ó Roboam, me daba miedo, al mismo tiempo que los trages, los adornos y las joyas me trastornaban la cabeza. Esto hará como unos seis años, y entonces creo que tendria yo de once á doce.

Aquella misma noche acaeció que, estándome arreglando el pelo Templanza como todas, sin haber á la cuenta bebido tanto como de costumbre, pues aunque estaba alegre, no era con la exaltacion tan propia y comunicativa de los que tienen

este vicio, me dijo de pronto, dando una gran carcajada:

—Miss Susana, tengo encargo de abrazaros, y de daros un beso en cada megilla, ¡por vida de Dios!... Acabo de cometer un pecado, mi querida señorita, porque el libro dice: no tomarás el santo nombre de Dios en vano.... Pero mi Bob es el que me enseña á jurar así.... ¿Qué es lo que estaba yo diciendo, señorita?

—Me deciais que beber mucho es cosa muy mala, le contesté con malicia.

—¿Eso decia yo? me replicó: ¡qué diablo! preciso es que entonces estuviera borracha.... pero no, picarita.... lo que decia era que me han encargado os dé un abrazo, y que os ponga esto en el cuello.

Y antes de que yo le pudiera decir nada me dió dos besos muy apretados, y me colgó del cuello un cordon de seda con el medallon en que está vuestra flor.

—¿Qué es esto?... le dije entonces....: quién te ha encargado....

—¡Chito, chito! me interrumpió, es un gran secreto....

— Por Dios, Templanza mia, dime
quién me envía esto tan bonito.

— Es.... empezó á decir, y dando una
gran carcajada, prosiguió con mucha risa:
es una hada, una hada que anda todas las
noches rondando por Goodman's Fields, y
me da para comprar ginebra cuando....
cuando se le antoja; ¡por vida mia! miss
Susana.



VIII.

El medallou.

POR mas que hice no le puede sacar una palabra mas á **T**emplanza, que se fue, segun me dijo, á apurar la ginebra que le habia dado la hada, dejándome puesto al cuello el medallon. Entonces lo examiné por todos lados admirando la finura de su trabajo, y en el sitio en que está ahora esta raspadura (Susana lo tenia en la mano) habia un escudo de armas, segun creo, muy bonito, y debajo una palabra

grabada por alguna mano muy temblona... mas como entonces no sabia yo aun leer, no la pude descifrar, pero se me quedaron tan impresas las letras en mi imaginacion, que despues las he recordado, y si una impresion de este género puede llegar á ser certeza, la palabra era un nombre, **Mary**.

— ¡**Mary!** replicó **Brian**, como repasando su memoria, y despues de un breve silencio añadió: ¡Pero hay tantas **Marys!**

— También puede ser que yo me equivoque, porque tuve muy poco tiempo para ver aquella palabra ó nombre.

Brian entretanto estaba sumamente pensativo, como al que le acaba de ocurrir una idea nueva, y examinaba el medallon con sumo cuidado, como si quisiera percibir lo que habian ocultado las muchas rayas de la raspadura. Pero ¿quién ha visto nunca dos veces seguidas una misma figura en las nubes? Entre una confusion de rayas hechas sin orden y tiradas unas sobre otras, la imaginacion lo ve todo y no ve nada, y así fue que en vano quiso encontrar las dos águilas que habia creído ver la primera vez que tuvo el medallon en la

mano, y que ahora le parecían grifos, siendo lo que únicamente había claro y visible la corona de conde.

—¿Y fue vuestro padre, milady, quien borró este grabado? le preguntó.

—Os lo iba á decir, contestó ella. Toda aquella noche estuve contemplando el medallon, que ya lo apreciaba mas que cuanto tenia, porque entre él y la vision de que os he hablado, establecia yo involuntariamente una íntima conexion, figurándome que ambas cosas pertenecian á una misma persona....

—¿Pensabais en vuestra madre, Susana?

La hermosa jóven bajó los ojos y contestó:

—Pensaba, milord, en una muger amable y buena que me queria mucho, pero no en mi madre, porque estaba persuadida de que me aborrecia.... ¿Pues no me habia abandonado? Tengo que confesaroslo, Brian, la idea de madre solo me despertaba sentimientos dolorosos.... Mi padre me habia dicho tantas veces....

—Vuestro padre, señora, la interrumpió.

pió Brian con amargura y dolor, queria ahogar vuestro corazon, y borrar de él el amor filial, como borró lo que habia grabado en este medallon. Murió sin haberlo podido conseguir... Dios lo perdone.

— Sí, sí, milord, Dios le perdone semejante proyecto, si lo tuvo, pues de todos los tristes recuerdos de mi vida pasada, el mas cruel y amargo para mí es, que muchas veces maldije á mi madre....

Cuando se vino á despedir de mí aquella noche, como solia, todavía tenia yo el medallon en la mano, y lo procuré ocultar en el pecho, mas él se apercibió de ello, y me dijo:

— ¡Hola! ¡hola! miss Suky, ¿ya hemos aprendido el camino del pecho, de ese escondite de que se suele hacer poco uso en vuestra edad? Vamos, enséñame eso, hija mia, porque me parece que todavía no puede ser un billete amoroso.

— No me lo quiteis, señor, os lo suplico, exclamé, ¡no me lo quiteis!

— ¿Ya empezamos, miss Suky? Vaya, os lo volveré, pero es preciso que me lo enseñes al instante.

Esto me lo dijo con aquel tono de chanza imperiosa á que rara vez supe resistir por mi desgracia. ¿Os acordais de Ismail, milord? pero en vos no mandaba, y con los estraños siempre conservaba la atenta espresion del banquero israelita, mas dentro de su casa era terrible: todavía me parece que veo su rostro pálido, cuya parte inferior llenaba una espesa barba negra, tan reluciente y suave que parecia seda, y que solo separaban del pelo de la cabeza los juanetes, y la frente con dos cejas de azabache muy pobladas. Templanza me decia que era hermoso, pero su hermosura á lo menos daba miedo.... ¡y su voz! ¡qué bronea, qué burlona, y qué amenazadora, milord!...

Despues he oido otra muy parecida, otra que la primera vez que sonó en mis oidos me estremeció, y me heló la sangre en las venas. Era la voz de un hombre.... Susana se acercó mas á Brian, y en tono muy bajo añadió: la voz del hombre que ahora dispone de mí.

Brian redobló su atencion, y Susana continuó:

—Aun no ha llegado el caso de hablaros de él, pero quiero con todo deciros una cosa muy rara, y es, que ese hombre que se me dió á conocer con el nombre de Tyrrel, y á quien lady Ophelia llama sir Edmundo Makensie....

—¡Sir Edmundo Makensie! exclamó Brian; seria ese....

—¿Lo conoceis, milord?

—Lo conozco mucho, señora.... ¿Qué me ibais á decir de él?

—Iba á deciros, milord.... y puesto que lo conoceis, vereis si me equivoco, ó no.... que su voz me hizo una vez un efecto extraordinario. Yo le habia oido hablar antes del suceso á que me refiero, y lo he oido despues, y me parece que finge la voz, pero aquella vez que digo, no, aquella vez habló naturalmente, colérico, con pasion.... y era por cierto la misma voz de Ismail.

Brian se sonrió como dudando, y Susana siguió diciendo:

—Me engañé, ¿no es así? Podrá ser, milord, y la situacion en que me hallaba aquel dia pudo contribuir mucho á ello,

pues estaba, como en otro tiempo en la casa de Goodman's Fields, bajo la tiránica potestad de un hombre que me decia, haz esto, y lo tenia que hacer contra mi voluntad y contra mi conciencia. ¡Oh! ¡aquella escena fue muy cruel! añadió afectada por un doloroso recuerdo. Figuraos que habia un moribundo dormido en la cama, y me dijeron, dale un beso en la frente.... y se lo di, milord, porque me amenazaron con que os perderian á vos... ¡Quiera Dios que no haya sido yo causa de algun gran mal!

Brian la miró con inquietud, y le dijo:

— Todo eso es para mí un enigma, Susana; esplicaos por Dios.

— Voy al momento, milord, al momento, pero antes de llegar á ese triste episodio, tengo otros que contaros no menos tristes.... Os he hablado de Tyrrel, porque su voz.... aun ahora que me acuerdo se me oprime el corazon.... ¡Oh! sí, era su voz.... ¡Su misma voz!

Al decir esto se tapó los ojos con las manos como para desechar una horrible vision, y Lancaster con mucha dulzura le replicó:

—Señora, bastantes males reales y efectivos pesan y han pesado sobre vuestra vida, á pesar de ser tan corta, para que los aumenteis con fantasmas.... ¿Qué tiene que ver la suave fisonomía de sir Edmundo con la perversa y descarada del judío Ismail? Esa indiferencia que se nota en las facciones de sir Edmundo puede que sea una máscara con que se encubren las tenebrosas intrigas que os rodean; pero cómo la hubiera podido aparentar Ismail aunque quisiera? Nada hay en que no difieran y en algunas cosas son opuestos.... Además, señora, ¡se os olvida que Ismail murió!

—¡No, milord, murió en la horca, Dios mio! lo sé.... lo vi.... ¡vi ahorcar á mi padre yo misma, Brian!

Calló temblando y sofocada por espacio de algunos minutos, que Lancaster ocupó en pensar en sir Edmundo, de cuya desgracia se habia compadecido siempre, y que segun Susana, era gefe de una empresa criminal y misteriosa, cuyos fin y medios desconocia. Y discurria sobre las disposiciones que le convenia adoptar para

quitar la máscara á un hombre que abusaba de su ceguera, y engañaba con tanta mas facilidad, cuanto que todo el mundo le tenia lástima, y la lástima escluye las sospechas. Muy peligroso era esto para sir Edmundo Makensie, porque Brian, por su posicion, era un enemigo difícil de combatir, y porque ignorando el peligro que le amenazaba, no lo podia precaver.

En verdad que no merecia perdon la francesa que llamamos Maudlin, duquesa vinda de Gevres, y condesa Cantacucena, parienta por su difunto esposo de nuestro santo padre en Roma, por estar durmiendo en tan crítico momento. Si se hubiera dormido con solo un ojo, como dicen los naturalistas que lo hacen las gatas de cierta edad, podia pasar; pero dormia profundamente, siguiendo á Robinson en sus aventuras, y plantaba maiz, y amolaba clavos para hacer cuchillos, y horadaba troncos de árboles para hacer canoas, y enseñaba las lenguas de Europa á una porcion de papagayos, y, en una palabra, estaba sumamente ocupada.

Susana, por fin, logró sobreponerse al horror que le inspirara su recuerdo, y continuó así:

—Como os iba diciendo, milord, mi padre exigió que le entregara sin replicar lo que acababa de guardarme, y tuve que hacerlo por mas que sintiera desprenderme del medallon. Lo tomó, y así que vió el escudo de armas y la palabra que habia grabada debajo, prorrumpió en una exclamacion de cólera, y dijo:

—¡Miserable Templanza! ya no se puede fiar de ella.... ¿Quién te ha dado esto, Suky? y como yo no le respondí, añadió: es muy bonito, hija mia, ¿me lo quieres regalar?

—¡Oh, no señor, no! le contesté: ¡dejádmelo! ¡os ruego que no me lo quiteis!..

—Te lo dejaré, Suky, si me confiesas que te lo ha dado Templanza.

A todos ha dado Dios sin duda un instinto de horror á la mentira, porque á mí, cuya ignorancia en este punto, como en todos los demás, era absoluta, me costó mucho trabajo mentir por primera vez, pero como estaba segura de que mi padre

iba á castigar á Templanza, me dió compasion, y le respondí turbada:

— No señor, no ha sido ella.

— ¡Pues habrá sido Roboam! gritó cólerico.

— ¡Oh! no señor, le dije tambien; pero como esta respuesta me salió del corazon, me miró de reojo y dijo entre dientes con una sonrisa burlona:

— La niña ya sabe mentir: su educacion no será larga ni difícil.... y añadió en voz alta: me basta, Suky, ya sé lo que queria y te volveré tu alhaja.

Se sentó en seguida á mi lado dándole vueltas al medallon como queriéndolo abrir, cosa que ni me habia ocurrido, y al cabo de un rato que me estuvo hablando de tonterías, apretó sin duda por casualidad el resorte del secreto, y se abrió, y como yo diese un grito de sorpresa, me dijo:

— ¡Ah! ¡ah! Suky, no lo esperabas.

— ¿Qué hay ahí dentro, señor? le pregunté con curiosidad.

— Agua de Portugal, y algunos pelos de gata, me contestó con una risa seca y

forzada, y acercándose á la chimenea arrojó al fuego lo que sacó del medallon, que se quemó al instante chispeando y haciendo un humo muy negro.

Era sin duda un rizo de pelo.

— Ah, señor, exclamé, me habiais prometido volverme....

— ¡Silencio, Susana! dijo interrumpiéndome: los hijos de Abraham cumplimos nuestras promesas, y yo, antes que faltar á mi palabra, he quebrado cinco veces.... Tú no sabes lo que es quebrar, pero yo te lo enseñaré.... así como otras muchas cosas cuando sea tiempo.

Del medallon habia sacado un papelito muy fino que tambien estaba con el pelo, y aplicándole su lente leyó:

«A Susana cuando sepa leer.»

— ¡Muy bien! he aquí una candidéz admirable! Por supuesto, Suky, que no habrás pensado en leer antes de conocer las letras.

— Pero aprenderé, le contesté: ese papel es mio, volvédmelo.

— Aprenderás seguramente, Suky; desde mañana vas á aprender á leer, á bai-

lar, á cantar.... aprenderás cuanto una jóven bonita debe saber para agradar á un hombre... En cuanto á este papel, es otra cosa; déjame leer lo que tiene escrito, y no te inquietes, que luego veremos.

El papel, aunque pequeño, como os he dicho, tenia mucho escrito, porque mi padre gastó bastante tiempo en leerlo, profiriendo varias veces palabras de enfado, y encogiéndose de hombros como con desprecio, y así que concluyó dijo:

— ¡Muy bien! ¡á fe mia que en esta miserable rapsodia hay materia para hacer llorar á un escuadron de viejas!... Si la persona que te escribe estas vaciedades, Suky, fuera rica, tal vez podríamos componernos los dos: poco le costaria.

— ¿Y quién es esa persona? pregunté con tono suplicante, ¿qué quiere de mí?

— Te quiere, Suky, y nada mas. Lo que es su nombre, míralo, aquí está con todas sus letras: (y me enseñaba la palabra grabada debajo del escudo de armas): ¡qué lástima que no sepas leer! ¿no es así?

— ¿Pero qué nombre es? le volví á decir.

—El nombre es... titubeó un momento, y despues siguió: el nombre de un lindo jóven.... se llama Henry, y está enamorado de ti.

Ya os hareis cargo, milord, que me quedé sin comprender nada con esta respuesta, porque para saber lo que es amor á los once años es preciso haber frecuentado las tertulias, ó escuchado por las antesalas.

Lancaster frunciendo las cejas le dijo:

—¡Y era Ismail, señora, quien os hablaba de ese modo!... ¡vuestro padre!...

—Sin duda que haria muy mal, puesto que tanto lo estrañais, milord.... pero Ismail hizo mucho mas. Aquella misma noche me dijo cosas que no me dejó entender mi ignorancia, pero que á fuerza de repetírmelas y explicármelas despues, las comprendí por fin. Hace ocho dias os hubiera repetido sin sonrojarme cuanto Ismail me decia, porque hasta entonces creia quo era lo mismo que todos los padres enseñan á sus hijas.... pero ahora se ha iluminado mi entendimiento, y conozco que son doctrinas abominables para

Dios y los hombres, y detestables á todas luces.

—Pues qué, señora, exclamó Brian, habré de creer....

—Dejémoslo, milord, dijo Susana con una noble y pura sonrisa en medio de su tristeza; no me preguntéis nada.... tal vez no os entenderia tampoco... Yo os lo diré todo por mucho trabajo que me cueste, pero desde ahora os aseguro que, en lo tocante al amor, nada hay en toda mi vida que desee ocultar á nadie.

Brian se puso colorado y se avergonzó, porque la pregunta que intentaba hacerle venia muy mal con este noble y firme candor.

Entretanto, continuó diciendo Susana, seguia Ismail con el medallon en la mano, dudando al parecer volvérmelo, cuando de repente sacó un instrumento como los que usaba Roboam para labrar los pedacitos de madera, se volvió á sentar á mi lado, y empezó á raspar el escudo de armas.

—¿Qué hacéis, señor? le dije entonces.

—¿Pues no lo ves, Suky?... Pero dejemos esto, y hablemos de cosas mas se-

rias.... Tengo que predicarte un sermón, y me gusta trabajar mientras hablo.... óyeme bien: eres una criatura preciosa, y si se realiza lo que ahora prometes, dentro de dos ó tres años.... ó á mas tardar cuatro.... serás la muchacha mas hermosa de Lóndres.... ¿Te gusta esto?

—¡Ah, señor! le respondí llorando; estais borrando el nombre de la persona que me ama.... ¿de qué me servirá luego aprender á leer?

—¿Con que desees tanto saber ese nombre?... Como tengas juicio yo te lo diré mas adelante... además de que dentro de poco contarás los amantes por docenas, hija mia.... Entonces sí que estarás contenta: te daré trages que envidien las ladys de mas lujo: serás el sol de Lóndres, serás la reina de la moda; siempre te verás rodeada de adoradores, que te pedirán tu corazón.... ¿No me oyes, Susana?

Yo no hacia mas que observar tristemente los progresos de su trabajo destructor mientras hablaba.

—¡Ah! repuso; ¡me escuchas! ¡muy bien! Te decia que á derecha é izquierda,

y por todas partes solicitarán una mirada tuya, porque esta, hija mía, es la vida de las mugeres, al menos de las que son hermosas como tú. Pero, Suky, ten entendido que muchas se pierden por demasiado orgullo, y otras por ligereza.... El orgullo, que es lo que los necios y los hipócritas llaman pudor, te aconsejará que mires con altivez é indiferencia el incienso que quemén en honor tuyo.... y la ligereza, que oirás llamar voz del corazón en la sociedad.... cuando tú la frecuentes.... te dirá que ames á algun barbilampión, de voz flauteada y tierna sonrisa.... ¡Guárdate mucho, Susana!... ¡ten mucho cuidado, hija mia! El deber de una muger es... Pero ahí tienes tu joya, que te vuelvo como te ofrecí.

Me dió, en efecto, el medallon vacío, y tal como lo habeis visto, y siguió diciendo con suma formalidad:

—El deber de una muger es amar, Susana, amar y entregarse sin reservas ni luchas.... Esto lo comprenderás mas tarde.... Pero tambien es deber suyo escoger, y lo mejor para esto no desechar á

nadie, hija mia, como no sea á esos miserables aventureros que no poseen mas que la figura y lo que llevan puesto, la mejor regla es, ir de unos á otros, como unos y otros sean ricos y generosos.... A Dios, Suky, hasta mañana.

Brian se quedó como una estatua, y dijo entre dientes: ¡Qué infamia! ¡Qué abominacion! En seguida se levantó, dió dos ó tres paseos por el cuarto, y volviéndose á acercar á Susana ya sereno, le dijo con el acento de la mas profunda conviccion:

— Señora.... ese hombre.... ¡ese monstruo!... ¡no era padre vuestro!...



XIV.

El gabinete de Ismail.

AL afirmar así Brian de Lancaster á Susana que el judío no era su padre, no fue porque tuviese de ello la menor prueba material, sino que fue un impetuoso arranque de un corazón noble y honrado, al que le repugnaba creer que hubiese un padre tan infame, que intentára corromper de aquel modo el alma de su hija; y si algo mas habia, era solo una vaga sospecha nacida de alguna parte del relato de

Susana, pero que carecia de fundamento, pues fuera de la monstruosa conducta de Ismail, nada inducia á creer que no fuese esta su hija.

Así debió ella sin duda creerlo, porque despues de la exclamacion de Brian se quedó mirándolo, como quien espera una palabra ó una prueba cualquiera de su aserto. Lancaster, por su parte, queriendo sin duda responder al pensamiento secreto de Susana, le dijo:

— Hay cosas, señora, que se sienten, y no es posible demostrar: yo estoy convencido de que ese medallon era de vuestra madre; tambien lo estoy de que ese hombre no era padre vuestro.... pero deciros por qué me es imposible....

Susana besó repetidas veces el medallon, y dijo:

— Os quiero creer, milord, en cuanto al misterioso origen de este medallon. De hoy en adelante lo querré mucho mas, porque me recordará todo lo que amo.... á mi madre, y á vos.... á mi madre cuyo amor me revelais: á mi madre, que vos me devolveis, digámoslo así, descorrién-

dome un velo, que no habia yo penetrado nunca enteramente.... ¡Oh milord! os lo agradezco por ella y por mí.... ¡Jamás os agradeceré bastante lo que me habeis enseñado!

Y mirando en seguida á Brian con suma ternura y gratitud, continuó diciendo:

—Por lo que hace á Ismail, os equivocais, milord, era mi padre.... pero á juzgar por lo que me acuerdo, y segun la corta esperiencia que he adquirido en estos pocos dias, era un hombre de ideas y principios muy diversos de los demás. En nada creia, de todo hacia befa, y designaba con nombres burlescos ó de desprecio las virtudes conocidas en la sociedad.... La cosa que mas ridiculizaba, hubiera sido tal vez á vuestros ojos la mas santa, y cuando se vanagloriaba de ser judío era porque suponía que todos los sectarios de la ley de Moisés pensaban como él.... Esto podria ser una calumnia, pero sin embargo, en las reuniones que presencié de Ismail con sus correligionarios en Damasco, París y Lóndres, observé que no era ni el mas codicioso, ni el mas incrédulo.

¡Cuántas cosas vi, milord en aquellas reuniones en que congregaba mi padre á sus compañeros al rededor *del pan y del vino!* Vi muchas que no podria contar, ó porque se me han olvidado, ó porque no tenia discernimiento bastante para comprenderlas, ó para que me causaran interés, pero vi al mismo tiempo que los que Ismail llamaba sus hermanos eran lo mas abyecto y la hez del pueblo judío, á pesar de que no faltan en él hombres de bien y timoratos; mas estos no los conocí porque se hubieran avergonzado sin duda de poner sus pies en la casa de Goodman's Fields.

Despues de la conversacion que antes os referí, se fue Ismail volviéndome á decir antes, que desde la mañana siguiente empezaria para mí una nueva vida, y á muy poco tiempo oí en el corredor los ayes y lamentos de Templanza, á quien le pegaba fuertemente porque me habia dado el medallon. En seguida quedó la casa en profundo silencio, y desde entonces no he vuelto á ver á Templanza, ni á saber de ella, y mas de una vez me ha estremecido

la idea de si mi padre acaso.... pero no lo creo, se contentaria con despedirla, porque no habia razon para que hubiese muerto á una criatura tan miserable é inofensiva.

La idea del asesinato de una muger, por grande que fuera su culpa, y por despreciable que ella fuese, no pudo dejar de conmover fuertemente á Lancaster, no obstante que se hacia cargo de que se trataba de un hombre criminal, castigado ya por la justicia. Su corazon latía con violencia al pensar en tantas vilezas premeditadas y cometidas á sangre fria, y al considerar, sobre todo, que tan cruel tiranía la habia sufrido Susana, á quien miraba como un ángel, y que él mismo habia estado varias veces en la caverna del judío, sentado á su lado, y dádole, tal vez, la mano despues de ajustar los usurarios contratos con que dió fin á su fortuna.

La relacion de tan repugnantes escenas solo producia en Susana la tranquila y profunda tristeza que cubria su noble rostro con la especie de apatía de que hablamos al principio. Serian precisas voces

nuevas para describir la situacion de su alma, que habiéndose conservado pura, la habia al menos como estenuado el mal por el cinismo y descaro con que le habian presentado el crimen y el vicio desde su infancia hasta aquel momento en que vivia en una atmósfera de honor y vergüenza. Dios le habia dado un alma fuerte, y una esquisita sensibilidad, pero esta necesita en cierto modo de la sorpresa y del misterio para ser escitada. El cirujano, á quien hace derramar lágrimas la escena de un drama, puede hacer sin pestañear la amputacion de un miembro, ó seguir con su instrumento el camino trazado por una bala en el pecho de un amigo. Susana solo habia visto á Ismail inalterable y frio en su tenebrosa carrera, y no se lo podia figurar de otro modo; y por consiguiente no la podia conmovir el recordarlo así, pues lo único posible en ella era el dolor, pero un dolor habitual y sin esfuerzo.

— Ya he llegado, milord, siguió diciendo, á otro período, en el que mi vida cambia de repente y sin la menor transicion. A la mañana siguiente entró en mi al-

coba una muger desconocida para mí, á la que no me atrevia á hablar por mi falta de trato, pero me aguijaba el deseo de saber de la suerte de Templanza que me tenia inquieta, y esto pudo mas que la cortedad. Le pregunté, pues, por ella, y se sonrió diciéndome algunas palabras en una lengua que no era la inglesa y no entendí, y en seguida me vistió, no con el traje que ordinariamente usaba, sino con uno nuevo de seda, perfectamente hecho y ajustado á mi talle, que hasta entonces habia estado libre de toda presion. Tambien me peinó y rizó el pelo, y por primera vez adornaron mi cara simétricos bucles.

Quando acabó de ataviarme mi nueva camarera, y me miré al espejo, di un grito de alegría, porque sentí la primera idea de mi buen parecer; me desconocí á mí misma, y me ponía colorada, me sonreia, y me llenaba de gozo: y orgullosa y avergonzada á un tiempo mismo, hubiera querido que todos me vieran, y ocultar mi cara. Era ya, en fin, muger, porque sentia el doble y contradictorio deseo de las mugeres, de brillar, y de interponer un

velo entre el rostro y las miradas de los demás.

Aquella misma mañana me trasladaron á una habitacion del piso principal que no habia visto nunca, con una sala magnífica y espaciosa, colgada de terciopelo carmesí, y llena de ricas pinturas, con un hermoso piano, un arpa, libros preciosamente encuadernados, y *albums* abiertos encima del piano, de los veladores, y en todas partes. Las pinturas eran todas de asuntos mitológicos representados con licenciosa voluptuosidad, y los *albums*.... Hace ocho dias, milord, que he aprendido á avergonzarme, y no os puedo decir lo que contenian. Todo esto me sorprendió, y mi primera impresion fue muy agradable: me encantó la belleza de las ninfas recostadas en deliciosos paisajes, admiré la delicadeza de sus divinas formas entre el agua cristalina de una fuente sagrada, y no menos me deleitaron los hermosos dorados y las magníficas encuadernaciones de los *albums*, sin que su contenido me llamara la atencion, ni aun escitara mi curiosidad.

No me puedo persuadir, milord, de que Ismail, á pesar de sus tentativas para seducir mi razon hubiese colocado allí de propósito para mí todas estas cosas, pues era sobrado cauto para no hacerlo, sino que aquel era su gabinete, y por consiguiente el sitio natural de esos libros, además de que al dia siguiente habian desaparecido ya todos. Dios me ha protegido constantemente, milord, por lo que le doy gracias con toda mi alma, pues cuando ningun preservativo tenia contra Ismail, cuando mi corazon no tenia defensa contra sus pérfidas sugerencias, me salvó mi edad, y cuando sus doctrinas hubieran podido hacer impresion no solo sobre mis sentidos, sino sobre mi corazon, parecisteis vos, milord, que fuisteis, sin saberlo, mi escudo, mi protector y mi ángel tutelar.

Lancaster juntó sus manos, levantó sus ojos al cielo, y dijo con religiosa emocion:

—Yo tambien, señora, doy gracias al cielo por haberme hecho ciego instrumento de vuestra salvacion, y porque os ha

conservado pura en medio del vicio y la corrupcion.

Y tomándole la mano, y besándola respetuosamente, prosiguió:

—¿Me perdonareis, señora? En el espacio de una hora que hace que me estais hablando, he padecido mas que en una semana de tormentos... A cada instante temblaba y me estremecia de que penetrase, no en vuestra alma, sino en vuestros sentidos, el vicio que no conociais.... Temia que os sorprendiera á favor de las doctrinas de ese hombre, que se decia vuestro padre... y no lo era ciertamente, milady.... Pero lo que me acabais de decir me ha descargado de un enorme peso, y tambien doy gracias á Dios de rodillas por haberos conservado inocente en medio de tan terribles peligros. ¡Oh! Dios es bueno, señora, y yo le serviré en adelante.

—Le serviremos, milord, le rogaremos los dos.... y yo le pediré que os haga feliz.

Un corto rato me quedé sola, prosiguió diciendo Susana, y os confesaré que me miré varias veces al espejo, porque mi

nuevo traje me volvía loca, y hubiera dado saltos de contento á no haber sido por la ansiedad que me causaban las personas estrañas que iba á ver. Mi padre me sorprendió en el momento en que yo trataba de mirarme por todos lados en el reflejo combinado de dos espejos, y exclamó al instante:

— ¡Bravo! Suky, ¡bravo!.... Admirate enhorabuena, hija mia!... Confío que dentro de muy poco tiempo tendrás, gracias á Dios, muchos lores que te contemplan y admiren.

Yo me avergoncé de verme sorprendida en aquella actitud, y esta vergüenza que yo creo en nosotras natural, y que todas tenemos sin que nos la enseñen, me hizo subir los colores á la cara.

— ¿Por qué te sonrojas, Suky? me dijo: verdad es que esos colores te hacen todavía mas hermosa, pero lo que estabas haciendo no tiene nada de particular, ni hay porque te ruborices. El primero, el principal, y tal vez el único mérito de una muger es su hermosura, ¿por qué no ha de poder envanecerse con ella?

Detrás de Ismail habia entrado otra persona, al parecer muy atenta, que se habia quedado en la puerta, y sonriéndose en señal de aprobacion, y haciéndome un profundo y respetuoso saludo, dijo:—Teneis razon, mi buen señor Spencer, y la señorita Susana la tiene tambien.

Esta persona era un judío francés, que me debia enseñar su idioma y el baile, al mismo tiempo que debia aprender con otros maestros judíos de diversos paises el italiano y el alemán, y todos ellos enseñarme la música. Así sucedió en efecto, milord, y ya desde entonces fueron tantas mis ocupaciones, que no me quedó tiempo para el fastidio y la tristeza, sino solo alguno muy corto para la reflexion, y aunque no tenia ninguno de los estímulos que mueven á las jóvenes á trabajar, me apliqué con sumo empeño á cuanto me enseñaban, porque todo era para mí tan nuevo, que me interesaba en alto grado.

Os confesaré, milord, que así que mi maestro me dió lecciones de leer, como base para todos los conocimientos, las primeras letras que aprendí fueron las que

tenia grabadas en la memoria, las que mi padre habia raspado en el medallon, y estuve muy próxima á equivocarme, porque la presencia de ánimo de Ismail habia sido grande. El nombre de Henry que pronunció como al descuido cuando yo le pregunté, se parece mucho al de Mary para quien no sabe leer; pero Dios me ha dado una memoria muy exacta, y entonces conservaba aun mas que ahora los menores objetos. Así que aprendí á deletrear Mary, me creí ya sabia, y lo era sin duda, milord, porque segun vos creéis, y segun el instinto de mi secreta esperanza, este nombre es el de mi madre....

Mis maestros admiraban mis progresos en cuanto me enseñaban, y mi padre se felicitaba de ello: solo en un punto no adelantaba mi educion á medida de sus deseos, y era cabalmente en el que habia reservado para sí. Mi padre en efecto, seguia teniendo largas y frecuentes conversaciones conmigo, pero su doctrina estaba en manifiesta oposicion con la de mis demás maestros, á despecho de ellos mismos. No hay libro por malo que sea, que no contien-

ga algunas máximas de moral verdadera, y como mis maestros tenían por precisión que valerse de libros para enseñarme los idiomas, en ellos hallaba yo la verdad, ó el camino de ella, y aunque esto no bastaba para hacerme buena por sistema, bastaba sí para precaverme contra las inauditas paradojas de mi padre. Parecía que se había propuesto trastornar mi pobre corazón para quitarle todo sentimiento noble y virtuoso, y aunque se lo perdono ahora, milord, tiemblo al pensar lo perverso de su intento, y que podía haber logrado su objeto. Delante de mí erigia siempre en virtudes la mentira y la hipocresía; contaba con entusiasmos fraudes escandalosos.... Pero libreme Dios de detenerme en estos odiosos pormenores; baste solo decirnos, que diariamente me presentaba todos los vicios que degradan nuestra mísera naturaleza, colocados sobre un pedestal de perfidia para que los admirara: ¿cuál podía ser en esto su objeto?

— ¡Su objeto! exclamó Brian, que pálido y apretando los dientes, apenas podía contener su indignación: ¡su objeto, se-

ñora!... ¡Oh! no sabria, aunque quisiera, esplicároslo, pues esto sobrepuja á cuanto hay odioso y detestable en el mundo.... ¡Ya murió! y la justicia humana y tambien la divina sin duda, han pesado sobre él.... La ley de los hombres lo mató, y la venganza divina lo tiene bajo su terrible mano.... pero por grandes que sean los tormentos de su castigo, siempre serán suaves para los que merecen tan horroroso crimen....

—Hace ocho dias, milord, le dijo Susana con una sonrisa de celestial compasion, que todas las noches le pido á Dios que tenga piedad de su alma: yo lo he perdonado, y solo veo en él á mi padre; y si os refiero todas estas cosas, es porque creo que no debo ocultaros nada.

Como iba diciendo, prosiguió, sus lecciones me hacian muy poco efecto: verdad es que yo no detestaba el vicio porque no conocia la virtud, pero lo oia con frialdad; y las seductoras imágenes que me presentaba á veces con una elocuencia que cautivaba, ni se imprimian en mi corazon, ni en mi mente. El se admiraba de ésto, y

ereyéndeme, como tan niña, sin fuerzas ni voluntad para no tragar un veneno que no conocia, echaba la culpa á mis maestros suponiéndolos infieles á sus instrucciones, y los reemplazaba con otros de mas confianza, pero se engañaba, porque los maestros desempeñaban fielmente su encargo. Todos eran judíos, y los de esta nacion, que eran amigos de mi padre, ajustaban primero, cobraban despues, y cumplian ciegamente lo pactado, porque el oro cerraba sus ojos y acallaba sus conciencias, y solo hubieran desobedecido en el caso de no pagárseles puntualmente. De esta clase eran todos los judíos que servian á mi padre, porque no hay nacion ni religion que no tenga hombres corrompidos: ¡cuántos cristianos me trataron á mí con impiedad, cuando vagaba casi sin aliento por la inhospitalaria soledad de Lóndres!...

Como quiera que sea, y por mas que Ismail cambiara las personas que me rodeaban, yo era siempre la misma, anhelando toda enseñanza nueva y solo indiferente á sus lecciones, pues las pocas ideas generosas que habia visto en los libros frívolos ó

perniciosos que me daban, me hacian suponer otro mundo fuera de aquel vicioso círculo á que estaba reducida. Nada sabia, pero al menos dudaba, y es preciso confesar, milord, que la duda, apoyada en ciertos instintos que Dios nos da á todos, es bastante para luchar algun tiempo contra el mal; y aunque no se logre vencer, tampoco se sucumbe mientras no llega la edad en que las pasiones ponen su peso en la balanza, y cuando esta edad llegó para mí, Dios me hizo encontraros, milord....

A la vuelta de un año sabia ya el francés y las otras lenguas, algo de canto acompañándome con el arpa ó piano, bailaba como se baila en los teatros, y era en fin, cuanto mi padre podia apetecer en esta parte. Un dia me vino á ver despues de concluidas mis lecciones, y me dijo:

— Suky, esta noche doy *el pan y el vino* á mis hermanos, á los cuales debes amar y respetar, porque son como yo los deseo, hombres diestros, atrevidos, y hábiles para engañar á esa necia y perversa canalla que compone lo que se llama la sociedad... Quiero que los conozcas.... Procura estar

muy bonita, para que digan que soy un padre dichoso.

Este era un mandato, y no tuve nada que replicar, mas en el momento que me iba á mi cuarto, me volvió á llamar, y me dijo:—¿Te alegrarias de volver á ver á Roboam? Un año hacia que no veia al pobre mudo, que habia sido separado de mí al mismo tiempo que Templanza, y como mis relaciones eran tan pocas, apreciaba mucho cualquiera, por lo que contesté que sí.—Pues ven, me dijo entonces agarrándome de la mano, y haciéndome pasar por una puerta de su gabinete que daba al comedor, abrió, sin entrar en él, una pequeña lateral, cuya existencia ni aun habia yo sospechado. Atravesamos un corredor muy angosto alumbrado por una lámpara, y á los diez pasos nos hallamos al pie de una escalera tan derecha como las de mano, y que terminaba con una linterna.—Sube, Suky, sube, me dijo entonces, que allá arriba está Roboam: y yo subí sin ningun recelo, y solo con suma curiosidad. Así que llegamos al segundo piso, que debia ser el tercero de la casa, porque

aquella escalera tan escusada arrancaba del primero, llamó mi padre á una puerta pequeña, que se abrió casi al mismo tiempo, y antes de dejarme entrar me miró sonriendo; mas su sonrisa esta vez encubria cierto sobresalto.

—Suky, me dijo con aire burlon y ácre al mismo tiempo: este es el taller en que yo trabajo.... vas á saber un gran secreto, hija mia; pues si cualquiera lograra penetrar aquí, al dia siguiente tu padre Ismail Spencer seria ahorcado.

—¿Y qué es ser ahorcado, señor? le pregunté.

Desapareció al oirlo su sonrisa, y una contraccion nerviosa agitó su boca, mas no obstante me contestó:

—Es una cosa muy divertida; te prometo hacer que la veas algun dia.

27.

El taller.

ESTAS palabras, siguió diciendo Susana, que tan terrible significacion debían tener para él y para mí, no me causaron la menor impresion, pues la idea de los castigos de la justicia humana no me podia ni aun ocurrir, cuando casi estaba persuadida de que el crimen merecia ser premiado acá abajo.

La pieza en que entramos, y que mi padre llamaba su taller, era ancha y espa-

ciosa, llena de los objetos mas desemejantes entre sí, confusamente hacinados. A la izquierda sobre una gran mesa habia colocados con algun órden una multitud de trages diversos: uniformes militares de varios paises; ropages persianos; albornoces árabes; un uniforme completo de policía; trages de corte, y blusas de lienzo crudo como las de la gente de mar. Al lado de esta mesa, y sobre un tocador, botes de pomada de diversos colores, frascos, barbas postizas, y sobre una cabeza de madera una magnífica peluca blanca tan bien hecha y peinada, que parecia arrancada entera á alguna persona. Mas allá en unos estantes, un gran número de instrumentos de todos tamaños, que, segun supe despues, eran de cerrajería. Seguian inmediatamente armas, puñales de varias formas y magnitudes, pistolas, y balitas pequeñas de plomo, cuya herida dicen que es mortal. Yo pasé por entre tantos objetos como un niño por en medio de las preciosidades de un museo público ó de una esposicion, mirándolas con curiosidad, pero sin que me conmovieran, á pesar de que cada uno

de ellos era propio para un género particular de crimen. ¡Oh milord! ahora ya sé el uso que todos tenían, y no lo extrañeis, porque asistí al juicio de Ismail Spencer y vi presentarlos uno tras otro, y oí al juez que se tomó el trabajo de explicarlo, sin que hubiera por cierto uno solo que no contribuyera en algo á su condenacion.

—¿Qué te parece todo esto, Suky? me preguntó Ismail.

—¡Oh Señor! le dije, ved allí un cuchillo muy semejante al del mendigo que degolló á mi pobre Corah.

—¡Doce horas despues de muerta! replicó mi padre con su burlona sonrisa.... Me lo contaron.... Ese diablo de Bob no es judío, pero no dejará de hacer carrera.

Otras muchas cosas habia en el taller secreto de mi padre, pero vamos al objeto de mi visita. En el fondo de la pieza, á la derecha de la puerta, habia una especie de mostrador parecido al de los cafés, donde estaba el mudo Roboam; ¡pero qué demudado! la barba sucia y sin cuidar cubria su macilenta y afilada cara, y el pelo le caia hasta los hombros: parecia un

viejo estúpido, enfermizo y consumido. Así deberán estar los cautivos despues de cincuenta años de encierro. Me miró con ojos muy lánguidos, y como al pronto, sin duda, no me conoció, volvió á continuar lo que estaba haciendo, que luego os explicaré.

Vamos, Roboam, le dijo mi padre, ¿no conoces á Suky?

Entonces me volvió á mirar atónito, dió una especie de chillido de gozo, y asomó una sonrisa á sus destruidas facciones; me hizo con la cabeza un saludo de amistad respetuoso, y yo le dije: ¿por qué no se os vé, Roboam? Al oirme miró á mi padre con aire tan temeroso, que indicaba bien la inmensa servidumbre á que estaba reducido, viéndose en sus ojos, como en los de todo esclavo, una sumision forzada unida á mucho odio. Jamás he podido saber cómo habia podido Ismail secuestrar á aquel hombre, hacer callar su aversion, y someterlo tanto á su voluntad; pero dicen que hombres fuertes y valientes han logrado domar tigres y leones; jugar con ellos, y sujetarlos tambien á su capricho.

El oficio de Roboam en aquel taller, de donde no habia salido ni una sola vez en todo un año, era el siguiente: Todo al rededor de él estaba lleno el mostrador en que trabajaba de papeles pequeños cuadrilongos, estampados de diversos modos y en varias partes, y escritos todos los blancos; de varias herramientas de grabador; de tintas de diferentes colores; y de los pequeños trozos de madera dura grabados, de que ya os hablé. Roboam contrahacia, por cuenta de mi padre, las letras y documentos de giro de las principales casas de comercio de Lóndres, ó por mejor decir, procuraba contrahacerlas, porque todavía no habia el pobre logrado conseguirlo á satisfaccion de éste, y Dios sabe cuántas y cuán crueles reprimendas le habian costado sus inútiles tentativas, á pesar de que ni era cosa fácil tan criminal empresa, ni extraño que no le saliese bien. Necesitaba contrahacer mas de cien firmas, y otros tantos sellos y estampillas, y reproducir sobre todo mil pequeñeces, que los comerciantes conocen á primera vista, segun parece, y que cons-

tituyen las diferencias entre el papel de tal y cuál casa, las cuales no puede ignorar ningún hombre de negocios.

El desgraciado Roboam se afanaba por mañana y tarde en retocar sus matrices, corregir sus sellos y acostumbrar su mano á trazar con valentía y de un golpe los caprichosos rasgos de una firma de comercio, y concluido cada ensayo lo iba á examinar mi padre, que era un inspector sin piedad. Su ojo perspicaz descubria el mas pequeño defecto, y como en ello se arriesgaba la cabeza, no habia ninguno despreciable por chico que fuese, y Roboam entonces, desanimado como una bestia domada que no puede con la carga, rompía sus herramientas y se tiraba al suelo, hasta que mi padre, á fuerza de golpes que le sacudia con un palo, lo hacia levantar y volver á emprender su trabajo. Por esto estaba tan pálido, y su semblante se habia puesto tan avejentado.

El pobre mudo habia sido ciertamente para mí un guardian muy severo, pero tanto de él como de Templanza conservaba buena memoria, y uno y otro, compa-

rados con los maestros que me habian puesto, eran superiores á ellos, porque al menos me habian dado pruebas de simpatía, sino de afecto, y ya os he dicho, mi lord, que á ambos los queria. Le di, pues, la mano, que él me besó, y despues, con un gesto muy espresivo, me enseñó la ventana, é hizo ademan de respirar como á sus anchas, queriéndome indicar el aire libre que se respiraba allá afuera. ¡Pobre Roboam! en casa de mi padre todo era esclavitud y cautiverio, y él, que habia sido mi carcelero, estaba ahora cautivo á su vez, porque así sujetaba Ismail á los que le eran necesarios. A aquel gesto suyo tan significativo y lleno de afliccion, en que pedia enérgicamente un poco de libertad, se me saltaron las lágrimas, y mi padre, al verlo, se encogió de hombros, y me dijo:

—Por vida mia, Suky, que representarias bastante bien el papel de una muchacha virtuosa y compasiva en el teatro real de Hay-Market.... No lo digo en broma, y tal vez piense en que seas cómica.... Pero aquí no hemos subido á enter-

necernos, y si este bruto de Roboam quiere respirar aire libre, que haga un agujero en la pared.... Vamos á ver, Roboam, ¿has adelantado en lo que importa?

Este metió la mano en una caja que tenia oculta detrás del mostrador, y sacó un puñado de billetes que entregó á mi padre, el cual tomó su lente y los empezó á examinar. Daba lástima, milord, ver con qué ojos tan angustiados seguia el mudo todos los movimientos de Ismail, procurando leer en su inalterable fisonomía: ya temblaba el infeliz, ya fruncia sus espesas cejas como si lo asaltara alguna idea funesta, pero muy pronto se alojaban los músculos de su cara, perdian sus ojos la inquietud de un momento antes, y no le quedaba otra espresion que la de un completo abatimiento. Sin embargo, milord, no sé qué pensar de él: su energía, dominada entonces, debió ser grande en otro tiempo, y fueron sin duda necesarios muchos golpes en aquella dura cerviz para doblegarla de aquel modo.

Mi padre iba tomando una á una las letras de cambio, las miraba y remiraba,

les daba mil vueltas, como si quisiera contar cada raya del papel, hasta que dijo por fin:

— ¡Al diablo sino sirve para algo este bellaco sin lengua! He aquí las firmas de Dawes, Peebles y Sons, de Ludgate-Hill, imitadas con suma maestría.... ¡No te faltará esta tarde una botella de vino de Jerez, Roboam!... ¡Esto está muy bien, á fe mia!... ¡muy bien!

Roboam oyó estos elogios sin ninguna conmocion, pues no conservaba mas que un solo sentimiento, el del temor.... Pero me engaño, milord, conservaba tambien otra cosa, que era el odio con la esperanza de vengarse. Mi padre separó una media docena de letras de cambio, y devolvió las demás á Roboam, diciéndole:

— Esto va ya mejor, lord silencio, mucho mejor; pronto lograrás hacerlo con perfeccion, y entonces podrás lisongearte de ser el mudo mas rico y feliz del mundo.... Sigue trabajando.... No hay falta que poner en cuanto á Dawes, Peebles y Sons, ni tampoco en cuanto á Jauntlee, calle del Támesis, y Dawys Blount y Da-

wys, banqueros del rey, cuya muy graciosa magestad proteja el Dios de Abraham. En cuanto á los demás, dejan algo que desear.... pero poca cosa, Roboam; con algunos meses mas de trabajo serás el amo de la cité de Lóndres.

Con esto se guardó los papeles que habia separado, y se levantó y dirigió hácia la puerta, y yo le dije al pobre mudo: — A Dios, Roboam, ya volveré á veros. El se puso la mano sobre el corazon, y en este instante me llamó mi padre, y Roboam sacó la cabeza fuera del mostrador para seguirnos con la vista, porque nos íbamos, y él se quedaba encerrado en su prision. ¡Ay, milord! yo tambien estaba presa, y salí de allí con el corazon oprimido.

— Mira, Suky, me dijo mi padre; así como el hombre está hecho para dominar á los demás animales que carecen de inteligencia, del mismo modo entre los hombres, los mas fuertes y avisados deben mandar en los mas débiles y de menos talento, hasta ser dueños absolutos de ellos... Veo que tienes lástima de Roboam, y te lo

repruebo. En primer lugar la compasion es un sentimiento mezquino, créeme Suky, y su menor inconveniente es su inutilidad.... En segundo, yo soy amo, y él esclavo: ¿qué importa que se muera trabajando? Pero no hablemos mas de esto. A nadie digas, hija mia, nada de lo que has visto, ni tomes en boca con ninguno mi taller: esos papeles que me has visto en la mano valen dinero, mucho dinero; mas cuando los ve, ó caen en manos de un dependiente de policía, se convierten en veneno mortal.... Y si á alguno le hablas, Suky, de estas cosas, vendrán al instante los de policía, y me matarán.

Ya habíamos bajado la escalera y llegado á la puerta secreta, cuando percibí un rumor de varias voces, y me oculté temerosa detrás de Ismail: eran de los convidados que aguardaban á mi padre, el cual me mandó ir á vestirme y componerme. Hícelo así, y al presentarme ya ataviada por las hábiles manos de mi nueva camarera francesa, los convidados, que eran doce, sentados al rededor de una mesa cubierta de delicados manjares, se alborota-

ron todos al verme. Rara vez he visto una reunion de personas de aspecto mas respectable: mi padre era el mas jóven, los demás todos tenian grandes barbas blancas ó entrecanas, como las magestuosas de los sábios de Oriente, en términos que me sentí poseida de un profundo respeto.

—Siéntate, Suky, me dijo mi padre con amabilidad, come y bebe en compañía de mis hermanos, que todos te aprecian.

Al momento me serené y perdí el miedo, milord, porque las voces que oia eran dulces y comedidas, guardando todos una decente compostura, sin hablar de las materias favoritas de Ismail, que me repugnaban sin saber por qué, sino de comercio, de dinero, y tambien de los diversos usos y costumbres de los países que habian recorrido. Servian á la mesa criados, que nunca habia yo visto, y todos los convidados bebian con suma moderacion, hasta que llegaron los postres y se cubrió la mesa de botellas, que entonces desaparecieron los criados cerrando las puertas á una seña de Ismail, y cambió totalmente la escena. Algunas de aquellas barbas vene-

rables, que tanto respeto me habian infundido, cayeron descubriendo caras muy jóvenes, y todas las fisonomías cambiaron, como si á cada una le hubiesen quitado una máscara: en todos los ángulos de la mesa resonó un murmullo de satisfaccion, Ismail destapó las botellas, se llenaron los vasos hasta arriba, y todos bebieron y empezaron á levantar la voz: pero sin llegar aun al tono de una orgía.

—Vamos, dijo Ismail, ¿qué os parece mi Susana, camaradas?

—¡Muy linda! respondió uno.

—¡Hechicera! dijo otro.

—¡Encantadora! exclamó un tercero; sobre todo cuando se pone colorada como ahora. Hareis con ella lo que se os antoje, Ismail.

—¿Qué duda tiene? repuso mi padre.

—¿Y qué pensais hacer? preguntó un mercader llamado Eliezer.

—Eso será segun, contestó mi padre; cuento hacer con ella muchas cosas, de las cuales la mitad casi son un secreto mio; las otras os las puedo decir.

—Pues ya os escuchamos, dijeron todos.

Las botellas dieron una vuelta á la mesa, y continuó diciendo Ismail:

—¿No os parece, camaradas, que Susana puede pasar en cualquiera parte por hija de un lord?

—¡Por hija de un príncipe! dijo un jóven judío llamado Ruben, dando un fuerte golpe en la mesa con el vaso vacío; y los demás lo confirmaron con un signo de cabeza.

—Pues bien, amigos, prosiguió Ismail, dentro de poco me convendrá hacerme lord, y mi hija Susana formará parte de mi disfraz.... No guiñeis el ojo, amigo Eliezer: se puede hablar de esto delante de Susana, porque está muy bien educada.

Todos entonces me acariciaron con la vista, y un revendedor llamado Samuel, dijo entre dientes una como plegaria, implorando la bendicion del Dios de Jacob.

—Esta es una de las cosas, continuó Ismail, dándome paternalmente golpecitos en la megilla con el revés de su mano; pero no quedará ella reducida á eso solo... sabed, amigos, que me hace falta una sire-

na para atraer los jugadores á mi infierno de la calle de Leiscester.

—¿Pues qué no va bien? le preguntó Eliezer.

—No va sino muy mal.... un infiel ha abierto un *infierno* (1) en la calle de Coventry á cien pasos del mio... y allí acuden todos porque hay música y muchachas.... En mi casa no se gana tampoco con mucha frecuencia.... ¿entendeis camaradas?

Una risa general aplaudió estas últimas palabras, y mi padre prosiguió:

—Ya habeis oido dos cosas para que me servirá Susana.... la tercera no necesito explicárosla demasiado.... como los individuos de nuestra cámara alta gustan mucho de distraerse de cuando en cuando, gracias á Dios, y yo soy muy desprecupado....

Otra risotada mas estrepitosa que la anterior fue la respuesta.

Lancester, con las cejas fruncidas, sudaba á mares, y Susana continuó:

1 Nombre que se da á las casas de juego ó garitos.

Milord, todos aquellos hombres me miraban con ojos codiciosos, como si hubiera sido una pieza de tela muy rica, que hubieran podido vender á gran precio, y mi padre gozando de la envidia general, hacia alarde de su tesoro añadiendo en seguida:

—Bien veis, amigos, que no tengo á Susana como objeto de lujo, á pesar de que no os lo he dicho todo, pues lo principal á que la destino debe estar reservado: pero, creedme, lo mejor es siempre lo que se calla, y en este misterio tal vez se encierran cincuenta mil libras esterlinas.

Todos abrieron tanto ojo, é Ismail, sacando sin que lo advirtieran las letras falsificadas por Roboam, dijo:

—Pero bebamos y hablemos de otra cosa.... ¿Hermano Eliezer, me quereis cambiar un billete de Dawes, Peebles y Sons?

—Muy escaso anda el dinero, contestó Eliezer poniéndose al momento formal; ¿de cuánto es, hermano Ismail?

—De cuatrocientas veinte y cinco libras y nueve chelines, Eliezer.... y os

dejaré de buena gana los nueve chelines por el cambio.

— ¡De veras! murmuró el viejo judío; sobre los nueve chelines me dareis nueve libras mas, y esto lo hago porque sois vos, compadre.... Bien sabeis que la comision es de dos por ciento, que hace ocho libras, diez chelines, y dos peniques y medio.

— Conforme, dijo alegremente Ismail; yo os quiero mucho aunque me desoléis vivo.... Aquí está la letra endosada por Mac-Duf y Stauton, de York.

Y se la dió á Eliezer, que colocó al momento unas grandes gafas sobre su larga y afilada nariz. Los demás, á quienes habia hecho mi padre una seña de inteligencia, bebían y se sonreían mirando á Eliezer examinar minuciosamente la letra, hasta que al cabo de dos ó tres minutos se quitó los anteojos y la devolvió á mi padre diciéndole:

— Hermano Ismail, he echado mis cuentas, y no tengo dinero.

Mi padre frunció las cejas, contrayéndose visiblemente su cara, y los que se reían se pusieron de parte de Eliezer.—

—¿Pues no estabais ahora mismo conforme? le dijo Ismail.

—Sí, contestó secamente aquel, pero he mudado de parecer.

—¿Y por qué?

—Porque el billete es falso, compadre. Ismail dió un fuerte puñetazo en la mesa, se le hincharon las venas de la frente, se le formaron dos arrugas en las estremidades del bigote, y dijo, procurando aparentar serenidad:

—Es verdad, Eliezer: nuestros hermanos saben que no hubiera tomado el dinero, porque los habia prevenido.... Ha sido por hacer una prueba.

—¡Enhorabuena! dijo el viejo judío bebiéndose un vaso de vino: entonces la prueba ha salido mal, y no hay mas que hablar. El que ha hecho este billete es un asno.

—¿Pues qué falta tiene?

—Muchas, hermano. Tiene un ojo de mas en la rúbrica de Dawes, Peebles y Sons....

—¡Verdad es! murmuró mi padre.

—Hasta en la firma misma, añadió

Eliezer, hay un rasgo de pluma temblon, y Peebles que firma comunmente tiene un pulso segurísimo, y nunca hubiera hecho una P. con tanta torpeza.

—Tambien es cierto, contestó mi padre, cuya cólera se iba exaltando visiblemente.

—Hay, en fin, añadió todavía el viejo judío, una falta de ortografía en el cuerpo de la letra, y el dependiente de Peebles es buen gramático....

—¡Falta de ortografía tambien! exclamó mi padre; ¡la hay, por Belzebú!... ¡Ah! este miserable Roboam se burla de mí.... lo voy á matar. Suky, me dijo á mí, ve á buscar á ese bruto de Roboam, tráelo al instante.

Yo estaba temblando como una azogada, pero no me moví, porque hubiera preferido la muerte á ir á buscar al pobre Roboam en aquel momento: mi padre me lo volvió á repetir con voz amenazadora, y viendo que tampoco lo obedecia, alzó sobre mí la mano con el furor de su rabia...

—¿Y os pegó, milady?... la interrumpió Brian pálido y trémulo.

—No, milord, bajó la mano sin haberme tocado, y salió él mismo precipitadamente, y volvió á muy breves instantes trayendo á Roboam arrastrando por los cabellos.



XXVI.

La esclavitud.

HORRORIZABA la fisonomía de mi padre cuando pareció en el umbral de la puerta del comedor, con Roboam medio muerto de espanto, y dando aullidos inarticulados. Allí le dió un empujon tan violento, que fue á caer el infeliz al otro extremo de la pieza, pues aunque mi padre en la apariencia no era muy robusto, tenia en realidad las fuerzas de un atleta. Los convidados volvieron todos sus sillas

para ver mas cómodamente la escena, y Roboam inmóvil en el mismo sitio y postura en que habia caido, pálido como un muerto, y cubierto la mitad del rostro con mechones de pelo, tenia fijos en mi padre sus espantados ojos.

Yo sentí tan oprimido mi corazon de lástima y terror, que miré á todos sucesivamente implorando con mis ojos un apoyo para el pobre mudo, pero no hallé en aquellas caras de mármol sino fria curiosidad, é impaciencia por el desenlace. Mi padre, que recorria con la vista todo el comedor buscando sin duda un arma, descubrió en un rincon un baston muy grueso de bambú en que se apoyaba Eliezer, porque era cojo, y lo agarró con avidéz; pues su cólera rayaba casi en delirio, y se reia y bramaba gozándose de antemano en su venganza.

—Decidme, hermanos, decidme, gritó con voz muy alterada; qué es lo que merece un vil esclavo, que espone á su amo á ser ahorcado.

—Eso es segun los paises y segun las circunstancias: contestó uno llamado Sa-

muel: en terreno abierto se hace lo que se quiere, pero en Lóndres es menester prudencia, y puede bastar una buena paliza.

— Me parece que una paliza concilia la justicia con la prudencia, añadió en su apoyo el viejo Eliezer.

Ismail atravesó de dos saltos la distancia que lo separaba de Roboam, y la pesada muleta sonó secamente sobre las espaldas del infeliz, que tendió los brazos en actitud suplicante, pero le descargó otro segundo golpe, y aumentándose su rabia á medida que le pegaba, no cesó de apalearlo furiosamente por mas de un minuto, oyéndose el ronco resuello de Roboam, tendido boca abajo, y el incesante choque del palo contra su carne. Al mismo tiempo escitaba Ismail su propia cólera diciendo:

— ¡Ah! ¡ladron miserable! Haces un ojo de mas en la rúbrica de Dawes, Peebles y Sons.... ¡Ah! ¡bruto infame! tiembles al escribir la P de Peebles.... Traidor, malvado, asesino, cometes faltas de ortografía en el cuerpo de una letra de cambio.... ¡Toma! ¡toma! ¡toma! (y cada

vez le pegaba mas fuerte, milord), ¡Toma, miserable! ¡toma Judas!...

Al fin se detuvo porque le faltó el aliento, se le cayó de la mano el bambú, y se dejó caer en una silla fatigado. Yo tenia cerrados los ojos para no ver tan horrible espectáculo, y oí á mi alrededor el cuchicheo de los convidados así que pararon los golpes.

—Es un hombre muerto, dijo Samuel en tono de burla.

—Famosos puños tiene el hermano Ismail.... añadió otro.... ¡qué listo andaba!

—Mucho temo que me haya inutilizado el bambú.... dijo gruñendo el viejo Eliezer.

Abrí los ojos, y donde estaba Roboam solo habia un bulto sin movimiento, ni dar señales de vida: mas de pronto vi que se movia con lentitud, hasta que se puso en pie con el bambú en la mano delante de mi padre que estaba rendido, y creyendo que iba á dar fin de él, me precipité al momento entre los dos por un impulso superior á mi voluntad, porque era mi padre quien entonces peligraba. Roboam, en

efecto, con el cuerpo algo echado atrás, parecía dispuesto á sacudir el golpe, centelleándole los ojos, y contraído todo su semblante con actitud amenazadora. A la postracion anterior, que tanta lástima me habia dado, habia sustituido un fuego enérgico, borradas las huellas de la vejez que habian impreso en su frente el cautiverio y el padecer; era terrible y fuerte porque se veia libre en aquel momento. De los demás que estaban presentes ninguno se movió, porque aquel imprevisto desenlace daba para ellos mas interés al drama.

—¡Piedad! buen Roboam, le grité, tened piedad de mi padre por amor de mí! mas él me mandó apartar con un gesto imperioso y violento, de que no hice caso, como no lo habia hecho de Ismail. Este que habia tenido tiempo para reponerse, y no era hombre de desperdiciar la ventaja que yo le proporcionaba, dijo en aleman, lengua que no entendia el mudo:

—Ruben, agarradlo por el cuello, y os daré diez libras.

—Todos sereis testigos, dijo Ruben á los convidados.

—Testigos somos, contestaron, de que Ismail ha prometido diez libras.

Al oír todo esto Roboam en un idioma que no entendia, titubeó un poco, y Ruben entretanto se fue hácia él de puntillas y muy despacio. Yo abrí ya la boca para prevenirlo, pero mi padre me la tapó con un pañuelo, y en el mismo instante cruzó Ruben sus dos brazos al cuello de Roboam, cuya cara se puso de repente encendida, se le cayó el bambú de la mano, dió un chillido sordo, y no opuso la menor resistencia.

—Soltadlo, Ruben, dijo mi padre, no hay necesidad de matarlo.... su muerte no le quitaria un ojo á la rúbrica de Dawes, Peebles y Sons.... Soltadlo, que ya le ha pasado la rabia: yo lo conozco, y sé que se estará quieto.

—Esa es cuenta vuestra, hermano Ismail, contestó Ruben soltándolo.

Entre todos los convidados hubo un movimiento de horror, porque temieron que el mudo se arrojara sobre mi pa-

dre, pero no fue así, pues no se movió.

— ¡Arrodíllate! le dijo éste con suma acritud, y se arrodilló.

Mi padre en seguida lo amenazó con el bambú en la cabeza, pero sin llegar á pegarle, le dijo:

— Te perdono porque eres un animal. Te he pegado como lo hubiera hecho á un perro ó un caballo; pero cuando castigo á un perro ó un caballo no lo hago hasta matarlos, no por ellos, sino por la pérdida que me resultaria.... Vuélvete arriba y trabaja.... ¿lo entiendes?... y sino ¡desdichado de ti!

Roboam se levantó y se dirigió á la puerta sin volver la cabeza hasta que llegó al umbral, desde donde dirigió á mi padre una mirada que me estremeció, porque manifestaba su gran deseo de venganza, cosa que todos conocieron como yo. Así que salió, meneó la cabeza el viejo Eliezer, y dijo á mi padre:

— Esa bestia feroz os ha de ahogar algún dia, hermano Ismail.

Mi padre se encogió de hombros con una sonrisa al mismo tiempo de despre-



cio y orgullosa superioridad, y contestó:—No tengais ningun cuidado, amigos: es preciso ser muy mal escudero para no saber librarse de la coz de un caballo vicioso.

—Pues se me figura, replicó Ruben riéndose, que la última coz no era muy fácil de parar, hermano Ismail, puesto que comprasteis mi ayuda por diez libras.

Mi padre le tiró su bolsillo, y dijo:—Hermanos, ó bebed, ó marchaos, porque me disgusta la conversacion.

Los judíos continuaron bebiendo, procurando disimular sus burlonas sonrisas, aunque á decir verdad, milord, Ismail tenia motivo para despreciar de aquel modo la venganza de Roboam. Lo conocia bien, y sabia que estaba tan domado que solo en circunstancias muy apuradas podia resistirse, además de que habia entre los dos un cierto vínculo que nunca pude yo definir. El mudo profesaba un respeto tan profundo á mi padre, que rayaba en cariño supersticioso, como el que tienen los indios á sus ídolos: tenia á su disposicion en el taller armas de todas clases, y ni una

sola vez intentó servirse de ellas contra él: nos acompañó en todos nuestros viages á Francia, Italia y Oriente, y jamás trató de escaparse, á pesar de estar libre: y su esclavitud, por último, era en cierto modo voluntaria, siendo el dominio de mi padre sobre él tan absoluto, que no necesitaba apelar al auxilio brutal de la fuerza.

Después de lo que os acabo de referir permanecimos en Lóndres unos seis meses, pero mi cautividad se concluyó desde entonces, dándome mi padre á entender que se habia ausentado de la ciudad una persona, cuyo encuentro era muy peligroso para mí; y por consiguiente me permitió pasear á caballo, ir al parque, y de cuando en cuando á los teatros, acompañándome siempre él, que desempeñaba conmigo el antiguo oficio de Roboam.

—¿Ves, Suky, me dijo un dia, como les pareces á todos hermosa? Dentro de dos é tres años, esos cumplimientos que salen de la boca de tantos lores á tu paso, llegarán derechos hasta tu corazón.... y amarás, Suky, y serás feliz.

La casa toda de Goodman's Fields estu-

vo tambien á mi disposicion, con la prohibicion única á los criados de que me hablaran; pero, ¿lo creereis, milord? lo que mas me complacia en aquel tiempo era pasar algunos ratos con Roboam en su encierro, porque mi presencia lo consolaba, y yo gozaba con el bien que le hacia. Allí me enseñó cosas estrañas no estando mi padre, y entre otras el uso de las esencias y pomadas que habia sobre el tocador. Un dia se levantó de la mesa en que trabajaba sin descanso, estiró sus entumidos miembros, se sacudió el pelo, y me miró sonriéndose; y como bien sabeis, milord, cuán espresiva es la fisonomía de los mudos, parecia decirme con aquella sonrisa: os voy á enseñar una cosa que os sorprenda. En seguida, con efecto, me cogió de la mano, me llevó al tocador, delante del cual se sentó con el mismo aparato que un jugador de manos cuando va á egecutar sus mas curiosas suertes, y fue tomando, oliendo, y separando á un lado cinco ó seis frascos de los que en él habia, diciéndome despues por señas que cerrara los ojos, como lo hice por darle gusto.

Creo haberos dicho, milord, que Roboam era del Oriente, y por lo tanto, su tez morena y lustrosa tenia un color particular algo parecido al de Ismail, y el pelo un negro azabache lo mismo que la barba. Como al cabo de unos dos minutos me tocó en el brazo, dando al mismo tiempo un chillido ronco y gutural, que era su sonrisa, y abrí los ojos, y os aseguro, milord, que no lo conocí, sino que por el contrario, di dos ó tres pasos hácia atrás, mientras él se reia de corazon. El cambio que en él se habia obrado parecia cosa de mágia: su tez tan morena se habia puesto pálida y deslucida.... Milord, era exactamente el mismo color del cutis del ciego Tyrrel, á quien llamais sir Edmundo Makensie....

— ¡Sir Edmundo Makensie! repitió maquinalmente Brian de Lancaster, cuya imaginacion parecia estar muy ocupada con alguna nueva idea.

— No se puede dar comparacion mas propia, repuso Susana.... Los ojos de Roboam rodeados de aquel cutis descolorido como la harina, habian perdido su

brillo.... se parecia á un europeo, á un inglés, á un pobre mendigo de Lóndres hebetizado por la miseria, y mucho mas porque los mechones de su pelo largo y tan negro le caian ahora sin color sobre la frente blanquizea, confundiéndose con su tosca barba tambien desteñida: en una palabra, no quedaba en su cara ni un solo pelo que conservara su color natural.

—¿Y ese cambio dulcificaba la expresion de su fisonomía? le preguntó Brian reflexionando.

—La dulcificaba, milord, porque le quitaba todo carácter.... aquel adusto semblante se habia vuelto insignificante, como el de los pobres que vemos por las calles.

—¡Ah! dijo Brian con aire distraido y como quien habla en alta voz pensando: ¡cuánto daria por oir hablar á sir Edmundo Makensie cuando no finje la voz!

Susana lo miró con suma inquietud, y él conociéndolo prosiguió así:

—Es una idea desatinada que me ha ocurrido.... Hacedme el gusto de continuar... Mi imaginacion no se contiene un momento desde que os estoy oyendo, y me

lleva hasta lo imposible.... pero ya entraremos en la vida real y positiva, Susana, añadió con voz apasionada y dulce sonrisa, y entraremos pronto, para ser felices cuanto se puede ser en este mundo... Hoy concluirá el último capítulo de vuestras raras aventuras, y terminaremos, si Dios quiere, lo mas pronto posible este fantástico romance.... ¡Y cuán noble vais á parecer en la sociedad, Susana, con ese corazon que ha sabido escapar ileso de las mortales influencias de los vicios y crímenes que han rodeado vuestra juventud!

La hermosa jóven se recogió un momento para saborear mejor esta consoladora esperanza, vagando por sus puros labios una celestial sonrisa, y manifestando sus humedecidos ojos la mas profunda gratitud por esta promesa; hasta que rompiendo el silencio, despues de un brevísimo rato, prosiguió así:

—El pobre Roboam gozaba estremadamente con mi sorpresa; me enseñaba su pelo, y en seguida los frascos, para darme á entender que con lo que contenian se hacia aquella trasformacion, y lo mismo las

megillas y las pomadas, atestiguando toda su alegría con su chillido gutural. De pronto vi contraérsele terriblemente la cara, y aunque no se puso encendida por la máscara de color con que la habia cubierto, volvió sus ojos aterrados hácia la puerta, en cuyo umbral estaba Ismail, que preguntó con ceño:

— ¿Qué es eso?

— Soy yo, señor, le empecé á decir, que le he pedido á Roboam....

— Mientes, Susana, mientes, me dijo con dulzura interrumpiéndome, porque tú nada puedes saber de ese oficio.... ¿Pero á qué diablos viene avergonzarte, por tan poca cosa, Suky? De lo malo solo se debe uno avergonzar.

Y acercándose en seguida á Roboam, le dió un fuerte tiron del pelo, y le dijo:

— En cuanto á ti, maese silencio, estás con eso mas feo de lo que acostumbras. No tiembles, bruto, que no te hago nada. Algun dia tenia yo pensado hacer esta prueba delante de Suky, porque conviene que sepa todas nuestras habilidades.... Pero en verdad, picaruelo, que no eres

tan torpe como pareces.... ¿Lo hubieras conocido en la calle, Suky?

—No señor, le contesté, y empezándose á sonreír, añadió con evidente complacencia:

—¡Cuánto no darían muchos por mi receta!... Vamos al asunto, lord silencio: debemos ya tocar al término de nuestros afanes.

Roboam se volvió al mostrador y le presentó una porcion de billetes, que sin duda estarían ya bien, porque no encontró falta que ponerles, sino que le dijo por el contrario:

—¡Enhorabuena! ya nos podemos poner en campaña, y así se acabará de formar Suky, y se hará digna de pertenecer á los lores y á la grandeza.... Bien, Roboam, muy bien.... Vendrás con nosotros, y servirás de page á Suky.... ¿te gusta?

El mudo enseñó sus blancos dientes con muestras de mucha alegría, pues yo era probablemente la única persona á quien tenia algun cariño, puesto que no puedo dar este nombre al vínculo que lo unia á mi padre, aunque la última accion

de su vida podria probar que lo amaba á su modo.

A los pocos dias de esto salimos para Francia, y vi el mar, milord, y los montes que me produjeron, como en otro tiempo, un respetuoso impulso hácia la divinidad, que sin duda notó mi padre, porque redobló sus escépticas blasfemias, y procuró desvirtuar mi entusiasmo con sus sarcasmos. Mas fue en vano, porque yo creia, y en mi alma estaba la idea de Dios, que aunque vaga y entre tinieblas, se habia fijado en mi mente, donde se podia tal vez falsear, pero no destruir, pues cuantos esfuerzos se hacian para ello, servian solo para desenvolverla mas.

No os repetiré, milord, lo que nos acaeció en cuatro años que estuvimos en Francia, Italia y Oriente, paises que conozco como si hubiera nacido en ellos, y sobre todo á Francia, donde tanto me gustaria vivir en vuestra compañía, porque todo lo que hice en ellos se reduce á una sola cosa. Ayudaba á engañar, milord, lo digo con vergüenza y me engañaba yo misma. En la moralidad que me habia

formado á tientas, y sin ningun auxilio, faltaba la idea de la propiedad; no me espantaba el robo, y la palabra misma con que se designa este delito, no tenia para mí ningun significado de reprobacion. Si se hubiera tratado de causar á alguno cualquier mal físico, hubiera desobedecido á mi padre, como varias veces lo hice, pero sacar dinero por medio del engaño y el fraude, no me parecia malo, antes por el contrario estaba íntimamente convencida de que todos en el mundo lo hacian así. Bien veis con esto que no habian sido del todo infructuosas las lecciones de mi padre, y que en cierto sentido merecia ya el desprecio de la sociedad, y quién sabe, ¡Dios mio! ¡adónde me hubiera podido llevar esta resbaladiza pendiente con la venda que tenia en los ojos, y los pérfidos y envenenados consejos que oia á todas horas!

— Susana, al decir esto, bajó la cabeza, y calló. Brian le cogió la mano, se la besó respetuosamente, y con gravedad, y en voz baja, que dejaba traslucir su entusiasmo reprimido, le dijo:

— Alzad la cabeza, señora, y mirad sin

rubor, y cara á cara, á cualquiera. ¿Por qué os habeis de avergonzar de crímenes ajenos, cuando no temeis poner de manifiesto toda vuestra alma, ni teneis en vuestra conciencia ningun rincon en que ocultar vuestros recuerdos? ¿Seriais acaso culpable, si en medio de una profunda oscuridad tropezarais con alguno en el borde de un abismo? ¿Si os empujaran por fuerza la mano armada con un puñal contra el pecho de un hombre, seriais culpada? ¡Oh! ¡cuánta bondad encierra quien siente así faltas que no ha cometido! Lo digo con todas las veras de mi corazón: ¡desdichado del que vea en vuestra vida nada que merezca reprobacion ó sospechas!... Por lo que á mí hace, Susana, os amo, y os admiro.


— ¡Gracias, milord, muchas gracias! contestó ésta, humedecidos sus ojos; ya sabia yo que erais bueno y generoso.... pero no esperaba tanto, pues solo me creia con derecho á pedir indulgencia.... ¡Oh! milord, yo tambien os amo... ¡cada vez mas!... ¡Quiera Dios que vos me ameis siempre!

El único y principal objeto de mi padre en aquel viage fue negociar los billetes falsos que habia hecho Roboam, y lo logró en gran parte, pues no ignorareis el alboroto que produjo en Lóndres este robo á las casas principales de la *cit e*. En todas las partes   donde íbamos, tenia al momento medio de ponerse en relaciones con los judíos dedicados   algun tr fico tenebroso, y con la secreta ayuda que estos le prestaban, y el noble nombre con que se habia disfrazado, y tambien con el apoyo que yo le daba maquinalmente, logró realizar considerables sumas, pues cuando salimos de Damasco para volver   Lóndres tenia reunidas mas de cincuenta mil libras esterlinas.

Ya por este tiempo era yo muger hecha, milord, empez ndome   ocupar serios pensamientos, y   sentir en mi alma una vaga necesidad de amar y ser amada, y Ismail, que me creyó ya en sazón para realizar la parte mas abominable de su plan, resolvió traficar con mi cuerpo, y mi corazón....

EVI.

La Sirena.

 **L** pronunciar Susana estas últimas palabras se agitó visiblemente su respiracion, se puso pálida, y lanzaron sus ojos un brillo fugáz: despues continuó así:
 — Si yo hubiera podido adivinar, mi lord, la intencion de mi padre, hubiera tenido un momento terrible, pero mi ignorancia me evitaba lo angustioso de mi situacion, y cuando ya la comprendí, tenia fortaleza bastante para resistir.... Ya

os amaba, milord; y á mi padre además le faltó tiempo....

Su primer cuidado, así que llegamos á Lóndres, fue poner en el pie mas brillante su casa de juego de la plaza de Leicester, y bien sabeis, milord, cuán en boga estuvo este *infierno* por espacio de un año: le llamaban el Club de oro, y su concurrencia la componia la primera nobleza de los tres reinos. Mas no por eso habia desatendido su casa de Goodman's Fields, sino que allí se ocupaba en la usura, y su escritorio, establecido en las salas del piso bajo, que fueron tanto tiempo mi habitacion, apenas se veia desocupado de gente en todo el dia; de forma, milord, que aquella pieza en que entrasteis tantas veces á pedir dinero á Ismail, habia sido mi cuarto. En el mismo sitio en que estaba la mesa de mi padre tenia yo mi cama, y la primera vez que os vi por entre los cristales de la ventana que caia al jardin, estabais sentado en el mismo parage en que yo me dormí sobre Corah la tarde que vi á mi madre en sueños....

A muy poco de nuestra llegada á Lón-

dres, estaba yo una tarde en el jardín, llena mi imaginacion de esos vagos pensamientos propios de las jóvenes, sintiendo ya en mi cara los primeros soplos del viento de primavera, y embelesada con los trinos de algunos pajarillos que, perdidos por la inmensidad de Lóndres, habian venido á posarse sobre las ramas de los árboles, que se empezaban á llenar de brotes nuevos. Oí ruido en la antesala, y ya fuese por casualidad, ó porque lo quisiese así sin duda mi destino, entreabrí por curiosidad la puerta.... erais vos, milord, que acababais de entrar, y me parecisteis hermoso. Dos lacayos que habia traído mi padre de Francia no os dejaban entrar, y vos sin inmutaros ni perder vuestro semblante su altiva indiferencia, les dijisteis algunas palabras acompañadas de un gesto imperioso, y se apartaron á un lado. Me quedé pasmada, milord, porque habia visto varias veces á aquellos hombres negar insolentemente la entrada á algunas personas, y me admiró principalmente que os supierais hacer obedecer sin voces, ni amenazas, ni enfado; pues aunque mi pa-

dre tambien se hacia obedecer, era solo por el terror.

Esta era la primera vez que veia yo un hombre nacido para mandar: vuestra voz sosegada vibró en mis oidos de un modo desusado, y vuestro semblante frio é indiferente, que parecia tener á menos el mostrar enfado delante de aquellos criados, pero que apoyaba firme y resuelto el laconismo de vuestra órden, me llenó de admiracion y temor. Ninguna de estas cosas hubiera sin duda sorprendido á muchas jóvenes de Lóndres, pero hay que tener en cuenta el círculo en que habia yo vivido, y el aislamiento en que habia pasado mi infancia. Y tambien es preciso no olvidar, Brian, que vuestras maneras en nada se parecen á las comunes, ó de los demás: Dios os formó sobre otro modelo; y por eso sois diferente de todos, no hallándose ninguno que se os asemeje, y mucho menos que os iguale: siempre sois en todo el primero, ¡siempre el primero!

Susana no pudo seguir porque Brian le acababa de tapar la boca, sonriéndose, con el pañuelo bordado que tenia todavia en

la mano, y ella respondió á esta sonrisa con otra que denotaba toda su satisfaccion, diciéndole además:

—Habeis hecho bien, milord, en no dejarme decir mas, porque ya me faltaban palabras para espresar todo lo que siente mi corazon.

—¡Quereis, sin duda, señora, que me vuelva loco de orgullo! contestó Lancaster.

—Lo que yo quisiera seria poderos manifestar mi alma como un libro, Brian, como un libro que se pudiese todo leer á la vez y de un golpe, para que pudieseis ver que en mí no hay nada mas que vos.

—¿Y será siempre lo mismo, Susana? replicó Lancaster con la mágica dulzura que sabe dar el amor á la voz.

—¡Siempre! contestó ella. ¡Oh, siempre, milord!

Cuando llegó á este estado la historia de Susana, se empezaba ya á conocer la aproximacion del crepúsculo de la tarde: tocaban á su fin las cortas horas en que el sol de Enero logra penetrar la espesa niebla que cubre á Lóndres, y en la sombra

que hacian los muebles no se distinguian bien los objetos. Susana siguió diciendo:

Luego que entrasteis, milord, en el escritorio de mi padre, me fui pegada á la pared de la casa, á colocar en un sitio junto á la ventana, desde donde os pudiera ver sin que me vieseis. Me palpitaba el corazon sin saber por qué, se me abrasaban los ojos como cuando se va á llorar, y tenia, no obstante, una alegría nueva y desconocida para mí. En aquel sitio me estuve mientras permanecisteis con mi padre, mirándoos, y sintiendo que me llegaba alguna emanacion vuestra que me embriagaba: y sabedlo, milord, ¡desde aquel dia os amé casi lo mismo que os amo hoy! Cuando os vi salir por la puerta de la casa me quedé helada, me eché á llorar amargamente, y me senté debajo de un árbol á contemplar vuestra imágen, que habia quedado grabada en mi corazon.

—¿Has visto á ese caballero, Suky? me preguntó mi padre.

—¡Oh, si señor! le contesté

—¡Cómo lo dices, Suky! me dijo riéndose. Sin duda te ha dado miedo....

Es un loco, que tiene con que vivir dos años, y trata de reducirlos á seis meses.

—¿Cómo se llama señor?

—Brian de Lancaster.

Creo que ninguna música ha sonado jamás tan deliciosamente en mis oídos como este nombre.... ¡Brian! ¡oh! es un nombre tan dulce y hermoso como vos, y mi corazón lo recuerda... No dormí en toda la noche pensando en vos, vino el día y me sucedió lo mismo, las demás noches siguieron así, y siempre os veía en sueños dormida, Brian.

¡Oh! ¡cuántas veces he soñado estar á vuestro lado como ahora, sonriendo con vuestra sonrisa!... ¡pero no hay nada más cruel que despertar después de un sueño delicioso!

Estas últimas palabras las dijo con voz trémula, y cubriéndose de tristeza su hermoso rostro añadió en voz baja:

—¡Pobre Ophelia! también ella despierta á veces después de creerse feliz!... y sin embargo es bella y noble, ¿no es verdad, milord?

—Sí por cierto, bella y noble, contes-

tó Lancaster: la mas bella y mas noble despues de vos, Susana.

— ¡Y él ya no la ama! repuso esta en voz aun mas baja.

— Si nunca la ha amado, señora.... El marqués de Rio-Santo es un ambicioso.

— ¿Y vos, milord? dijo sencillamente Susana.

Lancaster meneó la cabeza sonriéndose, y respondió:

— Yo soy un loco, Susana.

Esta lo miró con inquietud, como temiendo el sentido de su respuesta, pero se tranquilizó al ver el aspecto franco é ingénuo de su fisonomía, libre de la expresion calmosa é irónica que tan bien le sentaba en sus escéntricas calaveradas. Con efecto Brian, con perdon del dios de los amantes, hablaba con formalidad, y amaba sencillamente y de buena fe, como un señorito en su primer amor, como un clérigo de veinte años, como un poeta.

Mucho tiempo pasé despues sin veros, milord, prosiguió Susana, porque mi padre sin duda os prestaria alguna buena cantidad, con la que no tuvisteis necesidad

de volver tan pronto á casa, pero yo no os olvidaba, y siempre os estaba aguardando: La segunda vez que os vi fue en el Parque, y os conocí desde muy lejos, entre todos los que habia allí paseando, montado en un caballo alazan magnífico, que era la envidia y admiracion de todos.

— ¡Ruby! dijo Brian interrumpiéndola con un suspiro involuntario, y Susana besó al mismo tiempo el medallon, pagando así una especie de tributo á la memoria del caballo.

Ibais montado con mucha gracia vestido de jockey, y manejándolo con soltura, unas veces dando un escape, en que os solia perder de vista, y otras al paso, enseñoreándose el animal, y arrojando sobre el oro bruñido del pretal la espuma del bocado. Llevabais en un ojal una flor de camelia, milord.... la misma que guardé tanto tiempo como una memoria vuestra.... cuando de pronto se levantó un confuso clamor entre la gente, porque un coche, con cuatro magníficos caballos, acababa de atropellar á una muger que quedó tendida en el suelo.

—Mira, Suky, mira, me dijo mi padre, ¡observa bien! ¡White-Manor acaba de atropellar á una vieja, y maldito si vuelve la cara ni aun á mirarla!

—Voy á levantarla, le contesté dando un latigazo á mi caballo; mas él me cogió las riendas y me dijo:

—¡Tontería! ¡tontería! Si la vieja está muerta, ¿para qué se ha de levantar? y sino lo está, no faltará algun tonto que la socorra.

El tonto fuisteis vos, milord.... ¿os acordais?

—Tengo una idea confusa de ello.... contestó Brian.

Pues yo lo tengo muy presente, y ahora mismo me parece que os estoy viendo apearos de un salto, levantar en los brazos á la pobre muger desmayada y empezar á gritar haciendo señas con el pañuelo—¡un frasquito de olor, señoras, un frasquito! Diez coches se pararon y muchas os saludaron con amabilidad, y os tiraron veinte pomitos en vez de uno, y cuando os bajasteis para cogerlos, se os desprendió la flor del ojal, y yo, antes que mi padre lo pu-

diera ni aun sospechar, me eché sobre ella y la guardé en el pecho. Vos le hicisteis oler esencias á la vieja; y así que volvió en sí, le disteis vuestro bolsillo.

— ¡Magnífico! dijo Ismail al verlo; eso se llama gastar bien el dinero.... Pero veo sin embargo que no es tan loco como parece, pues entre las viejas atropelladas sabe muy bien escoger la que lo ha sido por *White-Manor*.

Brian al oír esto se sonrojó, porque en su interior conocia la exactitud de la censura, pues aunque era en verdad generoso y propenso á socorrer la desgracia, en las causadas por su hermano lo hacia con mas gusto, no por sentimiento fraternal, sino por antagonismo; y tambien se sonrojó porque no creyó merecer en este punto la alabanza de Susana. Esta siguió diciendo:

Mi padre no podia concebir la generosidad sin mezcla de interés, y las personas como vos eran para él enigmas incomprendibles. Esto me hizo amaros mas, amaros demasiado, milord, porque vuestra imagen no se apartaba de mi imaginacion ni un momento, y en todas partes veia vues-

tra altiva frente y vuestra mirada osada y tranquila. Esto era para mí un padecimiento continuo y hasta incurable, porque lejos de quererlo evitar, me complacia en él, pues cuando estaba despierta me formaba ilusiones que luego se me representaban en sueños realidades, y deseaba con ansia, pero sin saber qué, y esperaba sin poder definir mi esperanza. En aquel primer tiempo solia yo llorar frecuentemente, y cuando mi padre lo veia solia decirme:

— ¡Paciencia, Suky, paciencia! No tengas cuidado, que yo te llevaré muy pronto á un parage donde podrás elegir.

Hasta ahora no he comprendido la significacion de estas brutales palabras, que entonces no me causaron la menor impresion, y que mi padre llevó al fin á cabo, conduciéndome una tarde á un sitio donde hubiera podido, en efecto, elegir. Mas no fue precisamente con este objeto con el que lo hizo, sino para representar una especie de comedia que hiciera mas productiva una de sus especulaciones. Os acordareis, milord, de aquel convite que os

referí, en que Ismail, enumerando á los judíos sus hermanos los servicios que esperaba de mí, manifestó que le faltaba una sirena para atraer los jugadores á su *infierno*, y aunque esto no era muy exacto, porque al Club de oro concurrían muchas mugeres bien parecidas y vestidas con gran lujo, no debían sin duda bastar cuando quiso que yo representara el papel de Sirena. Para ello imaginó una cosa inesperada y teatral; cortó con un rico tapiz una parte del salon principal, poniéndole una fuerte balaustrada que lo defendiera, y detrás colocó mi piano y mi arpa. La primera vez que entré allí me atacó los nervios el calor de la sala, y el olor fuerte que se percibía y aumentó mi natural timidez el murmullo de las conversaciones inmediatas. Mi padre me hizo sentar al piano, diciéndome:

—No tengas miedo, Suký, y dale á tu voz toda su estension.... nadie te puede ver aquí.

Y era, en efecto verdad, porque el tapiz impedía absolutamente la vista. Pasé mis dedos por las teclas del piano, y al

momento empezaron á murmurar los jugadores.

— Esa es una mala invencion, Spencer, mandad callar ese piano que nos aturde.

— No bagas caso, Suky, me dijo mi padre, y continúa.

Como me importaba muy poco agradar ó no á los que estaban al otro lado del tapiz, seguí preludiando algunos minutos, y despues empecé á cantar una aria francesa que le habia oido á madama Falcon: mi voz al principio fue fria y metódica como si hubiera estado en presencia de mi maestro, pero como la música siempre me arrebató, canté al fin con toda mi alma, olvidando dónde estaba, y los que me oían, y canté para mí sola.

— ¡Muy bien, Suky, muy bien! me dijo mi padre en voz baja cuando concluí la última nota.

Al mismo tiempo, oí aplausos desmedidos en el salon, que venian por cierto muy mal con los murmullos que produjeron las primeras notas.

— Es la Malibran, decian.

— Es la Catalani, que ha bebido agua del Jordan.

— Es la Pasta, que ha sacado puntos de contralto con su habilidad.

— ¡Queridos! exclamó una voz flauteada; es mas bien la Grisi.... vosotros no habeis todavía oído á la Grisi.... la reconoceriais al momento.... lo digo con formalidad.

Mi padre se frotaba las manos riendo y callando, hasta que no pudiendo ya contener su alegría, dijo á los jugadores:

— Milores, no es la Malibran, ni la Pasta, ni la Grisi.

— ¿Pues quién es, señor Spencer?

— La Sirena, milores.

A esto se siguió un gran cuchicheo, cuyas consecuencias aguardaba mi padre con ansiedad, y yo solo pensaba en poner atención por si oía vuestra voz.... ¿No estabais allí aquella noche, milord?

— No señora, no estaba; pero despues oí hablar por todo Lóndres de la incomparable Sirena del Club de oro.... y ahora comprendo porque me llegó hasta el alma vuestra voz cuando os oí.... Yo no podia amar de vos mas que lo que conocia, y amaba vuestra voz.

— ¡Cuánto mejor hubiera yo cantado,

milord, y con cuánto mas gusto, si hubiera sabido que me oiais!

Los cuchicheos pararon muy pronto en verdaderos clamores, pidiendo todos á gritos que se abriera la balaustrada, que me querian ver.

— Milores, dijo mi padre, siento infinito negar nada á vuestras señorías, pero es imposible ver á la Sirena.

— Cien libras, Ismail, si me dejais entrar solo: dijo uno.

— ¡Quinientas! dijo otro.

Mi padre no podia disimular su alegría y dijo entre dientes:

— ¡Es un buen negocio, á fe mia! ¡un gran negocio!

— ¡Mil libras! dijo todavía otra voz.

— Por ningun dinero, milores, contestó Ismail; y permitidme que os suplique continueis jugando, porque la Sirena no está ya aquí.

— ¿Pero volverá?

— Mañana volverá á cantar, milores.

Así que dijo esto, me hizo salir de allí y subir en un coche, que me llevó á Goodman's Fields.

Al siguiente día por la noche no cabia en los salones del Club de oro la gente que empezó á acudir desde la caída de la tarde: canté tambien, y fue tal el entusiasmo, que derribaron la balaustrada para verme, aunque fue en valde, porque ya iba yo camino de mi casa cuando lo hicieron. En todo esto, milord, anduvo mi padre muy avisado, y conociendo exactamente la dorada multitud que componia aquella concurrencia, porque el misterio escitó en extremo la curiosidad de la nobleza, y se llegó á hablar de mí en Lóndres....

—Decid mas bien que no se habló de otra cosa, le interrumpió Brian; hasta hubo pintores que hicieron vuestro retrato sin haberos visto nunca, y los periódicos de París hablaron muy pronto de vuestra fama, que ya habia pasado el estrecho.... ¿Pero no se permitió á nadie veros?


—A nadie absolutamente, milord; no hay uno solo que pueda con verdad alabarse de haber visto á la Sirena del Club de oro. Mi padre queria especular con la curiosidad llevada al mas alto punto, y esperaba que llegase á su paroxismo para

sacrificarme entonces sin duda.... así al menos debo creerlo. Fuera de que ningún misterio hacia delante de mí de sus intenciones, de que no hacia yo tampoco gran caso porque no comprendia toda su estension. Las mugeres, por lo comun, somos vanas y ligeras, y muy accesibles al orgullo, y creo que me hubiesen lisonjeado mucho los bravos y aplausos que oia todas las noches, si vos no hubieseis tenido ocupado enteramente mi corazon.... Y si lo he de confesar todo, alguna vez el orgullo hizo callar al amor, y ahogar la voz de mi corazon el ruido de los aplausos. Ahora me quiero disculpar de ello conmigo misma, pensando que los que vos me dariais sin duda tambien, eran los que me envanecian por un momento, y que lo que me parecia orgullo, era solo un goce místico de amor.... Un dia me dijo mi padre:

—Vas á ser feliz, Susana, te voy á hacer lady, y vas á escoger el que quieras entre los lores que tanto te aplauden todos los dias.

XVIII.

El Club de oro.

 Así me lo dijo un día mi padre, Brian; elije entre todos aquellos lores; continuó diciendo Susana: y á pesar de que no lo comprendí sino confusamente, me repugnó desde luego sin saber por qué, y estuve triste y abatida hasta la hora de salir de casa, pensando únicamente en vos, y con el presentimiento de que vos solo me podiais salvar del peligro próximo que me amenazaba, y no conocia. A la caída de la tarde, vestida con un lujo asiático, subí al coche con mi padre, el

cual manifestó en todo el camino una desmedida alegría, que en él solia ser presagio de amarguras, y era siempre temible. Cuando llegamos á la plaza de Leicester habia ya en ella una larga fila de carruages, todos con escudos de armas, que al verlos mi padre exclamó:

— ¡Muy bien! ¡muy bien! no tendrás mas trabajo que el de escoger, Suky.

Atravesamos la plaza, y pasamos por delante de la fachada del Club para entrar por la puerta falsa, como lo hacíamos siempre, pues por la principal se hubiera descubierto pronto el incógnito que tanto queria guardar mi padre: y así que llegamos á la parte reservada del salon detrás del tapiz, pudimos convencernos por el ruido que en él habia, de que la concurrencia era mas numerosa que lo ordinario.

— ¡No saben mas que alborotar los pobres charlatanes! dijo mi padre: con solo darles un rato de música todas las noches, olvidarian que el Club de oro es una casa de juego. Mira por ahí si están ya jugando, Suky.

Entonces observé por primera vez que

habia hechos en el tapiz varios objetos como los de los corsés, por los que se veia perfectamente cuanto pasaba al otro lado.

—Mira, Suky, me dijo Ismail, mira cuanto quieras; por Jacob ó Moisés ó por Faraon, rey de Egipto, ó por el mismo Astarot, si quieres, pues tan necio es tomar por testigo á Dios ó al diablo que se burla de nosotros, como á los hombres que están hechos polvo hace veinte siglos.... Mira, mira, que á eso has venido hoy aquí.

Al otro lado del tapiz habia una multitud de personas todas apiñadas é impacientes, con los ojos fijos en él de un modo, que me separé al momento avergonzada como si me hubieran podido ver.

—¡Eh, Suky! me dijo mi padre, estate quieta aquí, y no tengas cuidado, que los lentes de sus señorías y sus Gracias, porque tambien hay allí duques, no penetrarán el tapiz mas que si fuera una pared. Ah hija mia, ¡por Satanás! si ellos pudieran figurarse que los estás viendo, de otro modo te harian la rueda.... porque es preciso que sepas, Suky, que esos señores que hay allí, tanto los jóvenes como los

viejos, tanto los de pelo rubio rizado, como los de peluca, están todos locos por ti desde el primero hasta el último... como que tienen hecha una apuesta... y á fe que me alegró, porque yo he de ser quien gane en último resultado... una especie de apuesta sobre quién será dueño de tu corazón... ¿Quieres que te diga sobre esto lo que me parece, Suky?

—¿Pues que me conocen acaso esos caballeros? le pregunté yo en vez de responder.

—No por cierto, Suky, ¡gracias al diablo! Habrías perdido entonces la mitad de tu prestigio, pues aunque tienes la fortuna de ser hermosa, la imaginación de esos hombres te hace todavía mas de lo que eres... Y además de todo, créeme, Suky, el primer amante que tengas te pintará con tales colores para hacer rabiar á los demás, que la mitad de la cámara alta es capaz de levantarse la tapa de los sesos porque los quieras... Creo que esto te lisonjeará mucho, hija mia!

—Es blanca, decían al otro lado del tapiz, blanca y sonrosada. Un ángel, ¡vive Dios!

— No estais enterado, milord, respondia otro: ese diablo de Spencer acaba de venir de Oriente.... es una Circasiana, la mas hermosa casta del mundo.... una Odalisca, sacada del serrallo mismo de Mahmoud una hora antes de que el sultan le hiciera la primera visita.

— Me han dicho, añadia un tercero, que es una cabeza de Rafael, una vírgen de Roma, una madona....

— ¡Oyelos, Suky, óyelos! me decia mi padre riéndose de corazon: mas de repente se puso serio, y añadió:

— Pero mira como se impacientan, y no conviene jugar con la impaciencia de gentes de esa clase, Suky, porque podia tener malas consecuencias, y sobre todo cuando tenemos un infierno que no está mas que tolerado.... Vamos á ver, Suky: yo no quisiera violentar tu corazon, y voy á decirte quiénes son los de mas importancia entre esos lores, para que tú elijas despues.

— ¿Y para qué he de elegir, señor? le repliqué.

Mi padre dió una patada en el suelo,

frunció las cejas, y me dijo con voz imperiosa:

—Pasó ya el tiempo de que no me entiendas, Suky: si te quieres chancear, acabemos de una vez, y sino ¡desdichada de ti!... Vamos, vamos, tontuela, añadió un momento despues procurando recobrar su sonrisa; no me hagas poner de mal humor, cuando estoy tan alegre.... Arrímate, y mira, y no seas tonta. A cada uno es preciso darle lo que merece.... Repara en aquel buen señor de pelo blanco que tiene la cara mas respetable de los tres reinos: es nada menos que el duque de Malbroug, no tan célebre como el de que hablan las canciones, pero mas jugador: aquí perdió una noche ochenta mil libras, y las pagó al otro dia. ¿Qué te parece?

Yo no contesté, y él prosiguió:

—¿No dices nada?... ¡Está bien, hija mia!... Aquel jóven que está junto á Su Gracia es el marqués de Danby, hijo del duque de Maitland. Su señoría es ciertamente muy feo, Suky, pero muy rico, tiene un millon de libras esterlinas, que es punto digno de mucha atencion. ¿Qué

dices del marqués de Danby, Susana?

—Que me es indiferente que sea rico ó pobre, señor: le contesté.

—Muy bien, Suky: quiere decir que no te gusta, pero puede ser que te guste aquel otro. Es uno de los primeros alborotadores, un escéntrico de órden superior, que consume una fortuna incalculable con una originalidad digna de grande elogio... Mira si se puede dar una cara mas linda y sonrosada, entre aquellas dos patillas de color de limon, tan graciosas.... Pues hija mia, el señor conde de Ch.... field, que así se llama su señoría, corrió dias pasados una zorra por las calles de Lóndres, y era cosa muy divertida por cierto, oir los gritos de los cazadores por toda la calle de Leadenhall, y las cornetas en Cornbill, y verlos alcanzarla en Church-Yard. El conde iba en trage de caza sobre un hermoso caballo, y no te pesará saber que la cogieron junto á Chancery Lane delante de Temple-Bar, donde el pobre animal tuvo la misma suerte que otros mil que cogen todos los años en los mismos sitios los vocingleros de Inner-Temple.... Ya te

harás cargo, Suky, que desde entonces es su señoría un hombre de moda.... se llevan muchos redingotes á la Ch.... field, Suky.... ¿Te gusta el conde, hija mia?

—Ni mas ni menos que el otro, le respondí.

—Vaya, Suky, que eres descontentadiza, si las hay!... ¿Te gusta mas aquel D. Juan, de mirar osado, el coronel Rabican? Te advierto, Susana, que ese noble conde desafía y mata á todos sus adversarios, gana á todos los juegos, y corteja las mugeres de sus amigos; es un lord de mucho mérito.... ¿No lo quieres? ¡enhorabuena!... Mira allí cerca de él á su intimo enemigo, el lord William Bagget.... A este tampoco le faltan prendas.... Hace muy poco que hizo esconder á uno de sus lacayos debajo de un sofá, para sorprender á su muger en conversacion criminal, con el laudable objeto de hacerle pagar una buena cantidad al seductor.... pero lord Rabican no es hombre de aguantar ancas, y ha sostenido un pleito en que se ha defendido bien, y los abogados se han puesto de ropa de pascua, y los dos nobles

personajes continuaban ocupando sus puestos en la cámara alta rodeados del aprecio universal.... Ya veo que no te gusta lord Bagget.... tanto mejor, porque no es rico.... Atiende ahora, Susana, si me quieres dar gusto, y vamos á no ser tan ligeros en rehusar.... ¿Ves aquel caballero que está sentado entre dos señoras, con una preciosa caja de tabaco guarnecida de brillantes en la mano? Es el lord Clankildare, amante decidido del bello sexo de todos los países, que pone mensualmente una cantidad considerable á los pies de una francesa que representa bien ó mal en un teatrillo de moda; y se dice que tiene su señoría por rival á su cocinero.... Esto es muy inglés.... Piénsalo bien, Susana, porque con lord Clankildare harás lo que se te antoje.

—Yo por mí nada quiero hacer con él: le repliqué con enfado.

—¡Cuándo has de tener juicio, Susana! repuso mi padre con alguna mezcla de despecho en su constante tono sarcástico; mas pues así lo quieres, pasemos por alto á lord Clankildare.... Te presento

únicamente para memoria al honorable Juan Tantivi, hermano de su señoría el lord Ross de Stablefood. Es aquel personaje con figura de Ibis, que mira hácia aquí con tanta languidéz: es la flor y nata de los caballeros aficionados á montar, y no come mas que espárragos crudos y caldo de pollo para no tener mas peso del que conviene.... Repara aquel hombre feo que está junto á él, cuyas quijadas le forman una canal en cada carrillo: es un gran poeta, Suky, que compone magnificas epopeyas nacionales, le llaman sir Arcadio Bombastie, y es muy querido de los caballeros que padecen insomnios.... Advierte que no te lo propongo porque es pobre.

Entretanto iba creciendo la impaciencia entre los concurrentes, y se oía al otro lado del tapiz una agitacion general, y que todos empezaban á levantar la voz y conmoverse. Mi padre, al oirlo, comenzó á decir:

—¡Diablo! ¡diablo! va á ser preciso salir del paso cuanto antes.... Puedes hacerte cargo, Suky, que sin tener para

ello alguna razon, no hubiera malgastado el tiempo en hacerte la pintura de sus señorías, como se esplican las figuras de cera en un salon.... Te voy, pues, á hablar claro: el hombre en quien he puesto los ojos, y que tú has de escoger con toda libertad, no ha venido todavía. Confio que vendrá: y aunque sea esponiéndome á que se incomoden un poco mis nobles parroquianos, lo quiero aguardar. Esta noche no cantarás, Suky, y nadie tendrá derecho á quejarse cuando les anuncie que la Sirena está mano á mano con milord embajador.

Bien veis, Brian, que ya no era posible que lo dejase de entender, y aunque no hubiera seguramente podido esplicar con precision la causa del miedo que tenia, ni aun hoy tal vez lo podria hacer, temia positivamente una cosa determinada, que era la conversacion á solas con el hombre á quien llamaba milord embajador.

—¿Y se verificó la conversacion milady? preguntó Brian procurando aparentar indiferencia.

Susana se sonrió con dulzura, y le dijo:

— Parece que vos tambien teneis miedo, milord.... aguardad un poco, que voy á hacer lo que los autores de los libros que me habeis prestado, y coordinar mi historia.

Mi padre, despues de un breve silencio, continuó así:

— No quiero decir con esto, Suky, que no puedas escoger entre esos caballeros, sino únicamente que eso será mas adelante.... ¿Qué te parece, por egemplo, aquel francesito que maneja con tanta gracia sus anteojos, como si fueran un par de tigeras? Es el vizconde de Lantures Lucés, parisiense muy amable, cuyo cerebro no es tan grande como uno de tus ojos.... Mira á su lado al honorable Nolsy Trumpet, miembro wigh de la cámara de los comunes: ¿parece que no está muy satisfecho, no es verdad? Es que nuestros comunes son muy poca cosa ante los pares del reino: míralo, como se avergüenza de ser tan poco.... Pero mira por Dios en cambio á un hijo de Adán convencido de su importancia: ¡míralo, Suky, mira qué sublime arrogancia en sus hebetizados ojos,

y qué magnífica dignidad en aquel cuerpo pequeño y regordete!... ¡No te rias por Dios! aquel buen hombre tan gordo, que parece un cocinero jubilado, es nada menos que Su Gracia «por la divina Providencia, arzobispo de.... Su Gracia tiene cuatro ó cinco millones de renta eclesiástica, y le da doscientas libras á un pobre reverendo para que le cuide su iglesia....” Verdaderamente, Suky, que es cosa soberbia, si uno lo medita bien, ese desatino que los cristianos llaman *la Reforma...* Figúrate, hija mia, que la tal reforma se hizo para disminuir las rentas del clero, y hacerlo útil para algo.... y ahí tienes un arzobispo reformado con diez veces mas renta que un cardenal, sin egercitar en nada absolutamente los diez dedos de sus manos.... Se sienta, sí, en el parlamento, pero nadie le ha oido nunca mas que roncar en las sesiones nocturnas de los nobles pares.... Comer, dormir y engordar, es á lo que se reduce toda su vida; pero fuera de esto es buen jugador y escelente padre de familia, y aunque alguna vez venga á dar una vuelta por mi *infierno*, es

capáz de estar predicando tres horas sin saber lo que dice ni por asomo. Todos convienen en que es una de las mas brillantes antorchas de la iglesia anglicana. Te advierto, Suky, que á pesar del venerable carácter de Su Gracia, no hay ningun obstáculo que impida que recaiga en él tu eleccion, porque Su Gracia no es puritano.

Yo apenas lo entendia, milord, porque mi imaginacion estaba ocupada en calcular y definir el peligro que me amenazaba, y mientras mas pensaba en ello mas se me oprimia el corazon. Mi padre continuaba haciendo sus burlescas pinturas, y todavía me enseñó muchos lores, algunos grandes personajes estrangeros, médicos célebres, y legistas afamados. Yo me sentia próxima á desfallecer, y me temblaban las piernas, cuando exclamó de repente, tocándome en la espalda:

— ¡Allí está! ¡allí está! Mira Suky.

Yo miré, en efecto, milord, y os vi á vos....

— ¡A mí, señora! interrumpió Brian sorprendido.

— **A** vos que acababais de entrar.... **A** nadie vi mas que á vos.... **Pero** ¡ah! ¡no erais vos quien mi padre me enseñaba!

— ¡Oh! señor! exclamé animada por una deliciosa esperanza: ¿no me engañais? ¿es aquel al que me queréis entregar?

Ismail me miró de hito en hito, y me contestó:

— **A** aquel ciertamente, **Susana**. ¿Lo conocias ya?

— ¡Sí lo conocia, señor! exclamé llorando de gozo.

— ¡A fe mia que es hombre muy afortunado!... preciso es convenir en que las mugeres tienen caprichos muy raros.... lléveme el diablo si jamás esperé yo que **Su Gracia**.... pero mas vale así.... En fin, voy á traerte á milord embajador, **Suky**.

Yo no prestaba atencion ninguna á lo que me decia, ni hacia mas que embriagarme con la dicha de veros; él se dirigió hácia la puerta, mas antes de llegar, se volvió atrás de repente, vino adonde yo estaba, y me dijo:

— Entendámonos, Suky, no tengamos luego algun quid pro quo. Yo te hablo del príncipe Dimitri Tolstoy, que acaba de entrar en el salon: es aquel caballero muy alto, de fisonomía un poco.... un poco pronunciada, que lleva la pechera llena de babas.... ¿Es el mismo, no es así?

Me faltó voz para responder, porque el hombre que me indicaba era.... pero lo debeis conocer, Brian.

— Si señora, lo conozco, contestó éste sin poder casi respirar.... pero acabad por Dios, señora.

Me horrorizó y me espantó, milord; y junté las manos y miré á mi padre en actitud suplicante; mas este, frunciendo las cejas, me dijo:

— ¡Ah! ya veo que esto parece el juego de los despropósitos, y que volvemos á las andadas.... ¿Y me harás el favor de decirme, Suky, de quién hablabas?

— Yo os hablaba de Brian de Lancaster, le dije.

Mi padre soltó una carcajada irónica, exclamando:

— ¡El hermano del conde! ¡pues no de-

jaría de ser, á fe mia, una cosa chistosa! ¡muy chistosa, por Belzebú!... Si Brian al menos tuviera alguna cosa.... Já.... já.... já.... mientras mas lo pienso, mas ganas me dan de reir.... ¡Pero, Suky, por Dios, sino tiene un penique!

— Perdonad, señora, dijo Brian interrumpiéndola: eso que dijo Ismail respecto á mí parece que encierra algun sentido oculto: ¿se esplicó alguna vez mas sobre esto?

— Nunca, milord.

Brian quiso, al parecer, preguntarle alguna otra cosa, pero se contuvo, y añadió:

— Hacedme el gusto de continuar, señora.

En efecto, milord, la inclinacion que me arrastraba hácia vos llamó mucho la atencion de mi padre.... le hacia reir.... y cuando él se reia era cuando lo animaba alguna siniestra esperanza... Vos, mejor que yo, podreis juzgar si esta circunstancia encierra algun misterio.

— A la verdad, Suky, volvió á decir mi padre, que seria cosa graciosa.... graciosa en extremo.... pero no tiene el valor

de un real, y así no hay que pensar en ello.... Vamos, olvida esa locura, y prepárate para recibir al príncipe Dimitri Tolstoy, embajador de Rusia.

—¿Y qué puede querer de mí ese hombre? le dije con incomodidad.

—Lo que tú quieres de Brian de Lancaster, además de que él mismo te lo dirá; me contestó con una sonrisa cínica.

—¡Pues no lo quiero ver, le dije en alta voz, ni lo veré, señor!

—Sí lo verás, Suky, me replicó con tono imperioso y amenazador, como hacia con el pobre Roboam. ¡Oh! ¡por Belzebú! lo verás; y ahora mismo.

Mucho padecía, milord, y sentia que me faltaban las fuerzas, mas no obstante le dije resueltamente:

—No señor, no lo veré.

Vuestra presencia me daba valor, Brian: mas Ismail entonces me agarró del brazo y apretó con tal fuerza que me clavó sus dedos de hierro, sus ojos tomaron una expresion siniestra y verdaderamente infernal, y acercando su cara á la mia, me dijo casi sin poder hablar de rabia:

—Tú eres mia... y solo mia... yo soy tu dueño... y puedo matarte.... ¿entiendes?

Brian se puso en pie maquinalmente, y llevó ambas manos á su palpitante pecho.

—Matarte, continuó diciendo Susana, que temblaba al acordarse; pero prefiero venderte, y es preciso que te venda.

Parecía que me quería confundir con la vista, y sacudiéndome el brazo violentamente, añadió todavía:

—No resistas ó te derribaré á mis pies, como hice una vez con Roboam en tu presencia, y te castigaré como á él.

Brian dió un grito sofocado y se volvió á dejar caer en el sofá, diciendo:

—¿Pero en quién os habeis de vengar, señora?...

FIN DEL TOMO QUINTO.